



Carmen Gálvez

CRÍA CUERVOS....

Dinero y familia: un cóctel explosivo
para el inspector Monsalve

*A mis lectores,
Gracias por acompañarme
en el apasionante mundo
de la escritura.
Sin vosotros no sería posible.*

Cría cuervos...

cc by Carmen Gálvez

Capítulo I

El detective Monsalve

Faltaban algunos días para las fiestas. Madrid lucía nevada al amanecer, como si el tiempo quisiera regalar a sus habitantes una Navidad de postal.

Monsalve se despertó al alba después de una noche larga, repleta de momentos de insomnio que convivieron con otros tantos de pesadillas. En la pared, se reflejaban los primeros rayos de luz ámbar que se colaban entre las rendijas de la persiana. Después de dar algunas vueltas en la cama, logró vencer el sopor. Sin encender la luz, se dirigió a la cocina. La mañana comenzaba a invadir de luz la estancia, embadurnando los blancos baldosines que cubrían las paredes y dejando entrever el frío de fuera. Puso en marcha la cafetera y, mientras, miraba su reflejo en el espejo del baño con una mano en la barbilla, moviendo la cabeza de un lado a otro. Aquel reflejo no engañaba. Sus sienes habían sido invadidas por un sinfín de cabellos blancos que proyectaban sin piedad la edad del inspector. Se veía mayor, se sentía mayor. El avisador de la cafetera interrumpió sus pensamientos. Se tomó el café en un abrir y cerrar de ojos y se dirigió a la comisaría.

Andrés Monsalve ocupaba el cargo de inspector de policía en una comisaría madrileña. De aspecto bonachón, gastaba bigote y barba incipiente. Sus pequeñas gafas de lectura le daban un aire interesante. De compleción fuerte y altura media, podría pasar inadvertido si no fuera por un fuerte carácter que contrarrestaba con creces su aspecto. Se había ganado a pulso su buena fama trabajando incansablemente desde unos ya lejanos veinte años. En la comisaría, Monsalve era admirado y respetado por la implicación en sus casos. Un inherente sexto sentido lo acompañaba en la resolución de la mayoría de los desafíos que se le presentaban. Sin embargo, los últimos años se presentaron algo complicados, hasta el punto de sentirse cansado y deseoso de disfrutar de una jubilación dorada. No sabía que el día que comenzaba pondría patas arriba su decisión.

*

Ya en su despacho, miró a través de la ventana, con la vista perdida entre los árboles cubiertos de blanco. El inspector miraba sin ver, escribiendo palabras sueltas en los cristales empañados por el vaho de su respiración. Desde que había tomado la decisión de jubilarse, meses atrás, no era él mismo. Una tormenta de sentimientos encontrados aparecía sin avisar en su interior día sí y día también. Creía que era lo que necesitaba, mimetizarse en el entorno de un pueblo pequeño de la sierra madrileña. Allí se olvidaría de los criminales, asesinos sin escrúpulos y la multitud de víctimas traumatizadas difícilmente recuperables. Se dedicaría a escribir sus memorias, pasear y jugar al mus con sus vecinos sin que el reloj interfiriese más en su vida. Aquel pensamiento le arrancaba una vaga sonrisa en su rostro de facciones endurecidas. Pero esa sensación mudaba de pronto por otra de pánico. Era dura la idea renunciar a todo lo que había sido su vida, lo que nadie como él sabía hacer, para lo que consideraba que había nacido. Y la pena de dejar a unos compañeros que podían considerarse su familia: Marín, López, Dolores Ramírez, la doctora Martínez... y la última incorporación: Jimena. Con ella mantenía una relación muy especial. La había acogido y protegido desde que años atrás tuvo que investigar el asesinato de sus progenitores.

Retrocedió a aquel 25 de junio de hacía quince años. Recreó en su mente la escena del crimen de los padres de Jimena. Ambos se encontraban arropados por un gran charco de sangre, inertes, el uno a poca distancia del otro. No era una escena especial, más bien una de tantas, pero para

Monsalve cambió la perspectiva cuando averiguó que la niña, fruto del matrimonio, había desaparecido. Apenas tenía ocho años. A partir de aquello unos fuertes lazos unirían al inspector con la pequeña.

Jimena se había convertido en una encantadora joven, sumamente atractiva, de belleza natural, con unos ojos del color del trigo maduro que acompañaban el tono de su pelo. La chica había revolucionado al equipo con su inteligencia, sencillez y simpatía. La inspectora Jimena era mucho más que eso, era su mano derecha, quien ocuparía su lugar el día en que se jubilara.

Pensó luego en Marín, su leal compañero, siempre dispuesto a cumplir sus órdenes. Tenía más o menos su edad, o quizá algo más joven, pero su figura rechoncha lo hacía lucir mayor. Marín, por su parte, se definía como un excelente sabueso que sabía tratar con los delincuentes más indeseables, sacarles información y servirse de ellos como confidentes a cambio de pasar por alto algún que otro desliz. Trabajaba sin contar las horas y dedicaba su vida a atrapar malhechores. También, reconoció el inspector, lo echaría de menos.

Los pensamientos agolpados de Andrés Monsalve se vieron interrumpidos por una llamada a la puerta.

—Buenos días, Jimena— saludó amablemente el inspector—. ¿Algo nuevo?

—Me temo que sí —respondió con solemnidad—. Un homicidio a escasos diez minutos de aquí... —informó, al tiempo que entregaba a Monsalve un sobre cerrado.

—¿Qué es esto? —preguntó el inspector enarcando las cejas.

—¡Ah!, no sé. Llegó en el correo esta mañana y han pedido que te lo entreguen cuanto antes en mano. Parece importante.

El sobre, apaisado y con un elegante color crema, mostraba un membrete que al inspector le era conocido, no sabía bien dónde lo había visto, pero no era la primera vez que tenía un sobre así en sus manos. Leyó en voz alta el remite: Miguel Aguirre Donaire.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó, para volverse a sentar con parsimonia en el sillón frente a su escritorio—. ¡Después de tanto tiempo ha decidido bajar al mundo de los mortales!

Miguel Aguirre había sido compañero de Monsalve en los años de primaria y de instituto. Le perdió la pista cuando, al terminar la universidad, Aguirre heredó una multinacional con sede en Madrid y factorías en varios puntos de Europa. El niño simpático y tímido que conoció en su etapa de estudiante se había convertido en una de las fortunas más elevadas del mundo, según la revista Forbes. Recordó la última vez que se encontró con él, por casualidad, en el aeropuerto de Barajas. Monsalve iba a coger un avión para ir a visitar a sus padres en las islas Canarias y, al reconocer entre una multitud arremolinada de viajeros al que consideraba un buen amigo de la infancia, se le acercó.

—¡Qué alegría verte! —lo saludó de forma entusiasta—. ¿Qué haces por aquí? ¿No irás a Tenerife por casualidad?

—No —contestó con frialdad y mirando hacia otro lado—. Espero a mi piloto. Viajo en mi propio avión —le espetó, mientras se alejaba del que fue su compañero durante tantos años.

Desde entonces no se habían vuelto a ver. Solo sabía lo que de vez en cuando publicaban las revistas de economía o veía en la televisión. Ahora, con aquel sobre en las manos y su más absoluta extrañeza, se preguntaba qué había podido hacer que aquel altivo caballero se dirigiera a

un detective del montón como él. Con sumo cuidado y ceremonia, liberó el contenido del sobre con ayuda de un vetusto abrecartas y leyó:

Estimado Andrés,

Te parecerá extraño que te mande esta petición. Créeme si te digo que a mí también. Y después de cómo me he portado contigo, no lo habría hecho si no fuera cuestión de vida o muerte. No puedo confiar en nadie más.

Te estaría muy agradecido si me dieras la oportunidad de disculparme y exponerte lo que necesito de ti.

Si lo tienes a bien, te espero esta tarde en mi residencia de La Moraleja. Un chófer te recogerá en tu despacho a las cuatro y te acompañará de vuelta cuando desees.

En espera de que aceptes mi invitación,

Recibe un cordial saludo

Miguel Aguirre

Después de leer varias veces aquellos párrafos, Monsalve dobló la cuartilla con esmero, haciendo coincidir cada doblez hasta dejarlo en un rectángulo perfecto. Hecho esto, lo guardó bajo llave en el primer cajón de su escritorio y salió en busca de Marín y Jimena para desplazarse al lugar del homicidio.

—¿Te pasa algo, Andrés? —se preocupó Jimena.

—Nada importante —respondió de forma algo automática—. Pero quizá me ausente unas horas esta tarde. Tendrás que ocuparte de todo.

Aunque, tanto Marín como Jimena sabían que algo extraño pasaba, ninguno de los dos se atrevió a preguntar al inspector.

Cuando llegaron a la escena del crimen, la policía había precintado el lugar de los hechos, lo que impedía el paso a cualquier persona ajena a la investigación. Una pareja de agentes mantenía a los curiosos lejos e impedían, en la medida de lo posible, que nadie sacara fotos con sus teléfonos móviles.

El fallecido se encontraba tumbado boca abajo en el portal de acceso a su vivienda, ubicada un edificio de cuatro plantas de un buen barrio madrileño. En la fachada, pintada de un blanco reluciente, podía leerse el número 15. Debía de haberse construido a mediados de los años sesenta, pero se encontraba en un excelente estado.

Cubrieron a la víctima con una sábana blanca que hubo que retirar para que los inspectores analizaran el cadáver. A primera vista, había muerto de un único disparo por la espalda, pero habría que esperar el resultado de la autopsia para corroborarlo.

—Todo tuyo, Jimena. ¿Qué ves? —preguntó Monsalve.

Jimena introdujo su larga melena dentro de su gorro de lana para no obstaculizar la inspección y evitar contaminar la escena del crimen y, arrodillándose junto al cuerpo, comenzó su examen.

—Varón blanco, de entre 25 y 35 años —cantó en voz alta—. Presenta un disparo en la espalda, con orificio de entrada, pero no de salida. No se ha encontrado ningún casquillo en las inmediaciones. Quizá se lo haya llevado la persona que disparó.

—¿Qué nos indica eso? —la interrumpió el inspector.

—¡Ay, Andrés! Me sigues tratando como una niña y llevo contigo varios meses...

—Cierto —encajó el detective—. Estás más que preparada para comenzar tu camino en solitario.

—No, eso no. No me hables de irte que sabes que no quiero que nos dejes tan pronto.

—Bueno, bueno. A lo que vamos...

—De todas formas, una vez extraída la bala, tendremos algo para empezar.

—¿Algún detalle más?

—Sí —apuntó Jimena—. Tiene marcas de jeringuillas por todo el cuerpo, brazos, pies, incluso en las rodillas. Sin duda era consumidor de estupefacientes. No lleva documentación. Nadie sabe quién es.

—Sigue observando Jimena —inquirió Monsalve—. ¿Algo fuera de lugar?

—Yo diría que lo único que hay fuera de lugar es el fallecido —respondió Jimena.

—Así es. Definitivamente estás más que preparada. De todas formas, que tomen huellas y recojan muestras. Mientras no tengamos otra escena, esta es la del crimen. ¡Marín! —llamó Monsalve—. Pregunta entre los curiosos si alguien ha visto u oído algo.

—Enseguida, jefe —respondió Marín con diligencia.

Marín realizó las preguntas de rigor a los habitantes del inmueble que en aquel momento se encontraban en sus domicilios. Todos coincidían en que la víctima no era vecino del lugar. No sabían quién era ni lo habían visto nunca por allí. Todo parecía indicar que, tal y como imaginaban Jimena y el inspector, aquello no era la escena del crimen. Los primeros análisis del cuerpo y los alrededores apuntaban a que le habían disparado en otro lugar y posteriormente habían trasladado el cadáver allí por alguna razón, pero... ¿qué razón?

Monsalve ordenó investigar a todos y cada uno de los habitantes del edificio con objeto de averiguar si alguno de ellos ocultaba algo o tenía alguna relación con el desconocido. Los hechos esconden siempre una razón de ser, aunque de momento no supieran cuál.

En la comisaría, el equipo de investigación de Monsalve se encontraba reunido para comenzar con los primeros trámites y las primeras averiguaciones. Podía respirarse un ambiente más alborotado del normal. Se encontraban todos enfrascados en sus quehaceres. Lo único que seguía, como siempre, descansando en una de las mesas, era una caja de donuts, compañera en los días de trabajo. Los agentes no daban respiro a sus respectivos teléfonos y los cuadernos de notas se iban completando con frases inconexas que para ojos ajenos carecerían de sentido pero que, finalmente, en unos días, darían luz sobre el caso del homicidio del desconocido.

Mientras tanto, en su despacho, Monsalve releía la nota recibida esa misma mañana. Pensó en declinar la invitación y despedir al chófer con una frase de disculpa, pero su curiosidad y los términos de «vida o muerte» incluidos en la carta le hicieron reconsiderar su decisión. Almorzaría algo por ahí y esperaría a ser recogido por el conductor que lo llevaría a casa de Miguel Aguirre.

Capítulo II

Miguel Aguirre

Miguel Aguirre vivía en un chalet con un inmenso jardín defendido por un gigantesco muro que hacía pensar en una fortaleza. Desde fuera no podía adivinarse, ni por asomo, la grandiosidad de la propiedad. Al llegar a la entrada, la puerta metálica con adornos en bronce se abrió de forma automática para dejar paso al Mercedes negro en el que viajaba un impaciente Andrés Monsalve.

El vehículo siguió un sendero bien marcado entre baldosas de piedra hasta aproximarse a la entrada de la vivienda, donde un señor ataviado con un uniforme oscuro abrió la puerta al ocupante.

—Buenas tardes, señor Monsalve —lo saludó amablemente—. Don Miguel bajará enseguida. Permítame acompañarle a la biblioteca.

Los pasos de ambos hombres resonaban por el estrecho y largo pasillo como si de un repique de tambores se tratara, ligeros, marcando un ritmo perfecto. Al fondo, apareció ante sus ojos la biblioteca, tan amplia como para ocupar ella sola una de las estancias del piso principal. Se accedía por una puerta doble en madera maciza de cuarterones de color nogal.

El mayordomo abrió una de sus hojas con la mano enguantada para dar paso al detective. Ante sus ojos, el que debía de ser el santuario de su amigo de la infancia, Miguel Aguirre. En una de sus paredes, una enorme chimenea mantenía la habitación caliente con un fuego crepitante de leña bien seca. Frente a ella, dos sillones individuales mirando al hogar, separados por una mesa central que descansaba sobre una alfombra que tenía aspecto de ser carísima, pensó Monsalve. El resto de las paredes acogían estanterías repletas de libros hasta el techo. Aquella estampa recordó a Monsalve las películas americanas de dinastías y poder. Por un instante sintió envidia, no por la casa en sí sino por la inmensidad de libros que la biblioteca albergaba. Todos en perfecto orden, cuidados, mimados.

Tan embelesado quedó admirando las librerías que no oyó aparecer a Miguel Aguirre. De la misma edad que Monsalve, presentaba una madurez atractiva. Con un pelo canoso bastante abundante y unos grandes y expresivos ojos verdes, su rostro reflejaba la belleza que debió de albergar en su juventud. Aguirre tendió la mano como todo saludo a quien fuera su amigo de la infancia, para después invitarlo a sentarse frente a la chimenea.

—Gracias por venir —dijo de manera afable—. Es de suma importancia para mí tu visita.

—Aquí me tienes. Pero vayamos al grano. Debo volver pronto a la comisaría —respondió, seco, Monsalve—. ¿Qué es eso tan importante que querías contarme? De vida o muerte, dijiste.

—Así es. ¿Por dónde empiezo? ¡Ah, sí! Por ofrecerte mis más sinceras disculpas por mi comportamiento la última vez que nos vimos. Estaba...

—Disculpas aceptadas —interrumpió el inspector—. De eso hace ya mucho tiempo.

—Gracias Andrés, eres todo un caballero.

Y después de un breve silencio como dio por superado aquel desagradable encuentro del pasado, Miguel Aguirre habló:

—Como sabes, soy una persona muy afortunada, no en la vida, ¡qué más quisiera yo!, afortunada de *fortuna*, quiero decir. Poseo empresas, propiedades, acciones en las compañías más importantes del mundo, y dinero, mucho dinero.

—Lo sé, ¿y...?

—Deja que te siga contando, por favor —solicitó amablemente—. Me casé con la que sería mi única esposa y formé una familia. Dos hijos y una hija. Los tres ya casados y a su vez con descendencia. Mi esposa murió hace más de diez años y, para desesperación mía, lo que en un principio fue una familia al uso y feliz, en pocos meses se convirtió en una pesadilla. En estos años me he sentido utilizado y poco a poco mis sospechas se fueron confirmando: mis hijos solo buscan mi dinero. Me duele decir esto, Andrés, pero no he sabido educarles. Mis negocios me mantuvieron alejado de ellos y de mi mujer. A la vuelta de los años, me he encontrado con unos cabezas huecas, inútiles y holgazanes que se creen con derecho a todo sin apenas haber movido un dedo. Y sus parejas..., ¡ay sus parejas! Parece que las han elegido solo para hacerme la vida imposible.

Mientras conversaban, una doncella ataviada con un uniforme del siglo pasado se aproximó a la mesa para dejar una bandeja de plata con el café. Discretamente, Irene, que así se llamaba, abandonó la habitación de manera casi imperceptible.

Monsalve escuchaba atento el relato de su anfitrión mientras sorbía de vez en cuando su café recién hecho servido en una taza de exquisita porcelana.

—Al margen de eso, de un tiempo a esta parte recibo amenazas de muerte como esta —continuó Aguirre, extendiendo un papel con recortes de periódico dispuestos de forma cuidadosa formando palabras. En él podía leerse: «Tu final está cerca».

—¿Sospechas de alguien?

—Alguien de mi entorno, pienso yo, porque conoce mis costumbres —contestó, seguro, Miguel Aguirre.

—Es solo un papel con letras recortadas de periódicos —replicó Monsalve—. Puede haber sido cualquiera, incluso una broma.

—Estoy seguro de que no.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Las letras han sido recortadas de mis propios periódicos. Junto a los anónimos, recibo mi prensa con los recortes realizados.

—Miguel, no te ofendas, pero hay miles de periódicos circulando por ahí a diario.

—Sí, pero yo leo la prensa aquí, en la biblioteca, a primera hora de la mañana. Una vez leída, la dejo en esta misma mesa. Cuando vuelvo después de comer, encuentro el anónimo junto con la prensa recortada.

—¿Has preguntado a tus empleados?

—Por supuesto. Es lo primero que hice. No saben nada. Ahora he tomado la precaución de retirar los periódicos una vez leídos y hacerles una marca en una de sus hojas, una distinta cada vez, pero, no sé cómo, vuelven a aparecer de nuevo en la mesa.

—Extraño, desde luego, es —aceptó Monsalve acariciándose la barbilla—. ¿Los empleados son de fiar?

—A estas alturas, yo no me fío de nadie.

—Te entiendo, pero... No sé qué puedo hacer yo. Hasta ahora solo son unos recortes de periódico y tampoco se habla de muerte.

—Tengo miedo, Andrés —confesó Miguel Aguirre—. Sobre todo, desde que he tomado la decisión de cambiar mi testamento. Solo lo saben mis abogados, pero tengo la sensación de que algo ha trascendido.

—Bueno, eso no puede afectar del todo a tus herederos —consideró el inspector—. Lo digo porque tus hijos no pueden verse perjudicados del todo según las leyes.

—Sí que pueden. De hecho, voy a evitar que hereden mis bienes. La decisión está tomada y se la haré saber a todos en unos días. Como cada año, los reuniré aquí a todos en Navidad. Aunque viven en Madrid, no nos juntamos a menudo. «Estas fiestas son para estar juntos», dicen ellos. Y aquí está mi casa para acogerlos. En fin, es costumbre desde que murió su madre.

—Debe de ser duro hablar así de tus hijos.

—Duro es sufrir lo que yo estoy sufriendo. Aquí te he preparado un dossier con todos los datos que he considerado relevantes —dijo Aguirre mientras extendía una carpeta tamaño folio a su interlocutor—. Si necesitas algo más, pídemelo y te lo haré llegar.

—No es que no quiera ayudarte, Miguel, no me malinterpretes, pero aquí no hay delito, no hay nada que pueda motivar una investigación oficial.

—Solo te pido que le eches un ojo. Que utilices tu experiencia y tu sexto sentido.

—Está bien.

—Otra cosa. En cuanto tenga arreglado lo de mi testamento, te lo haré llegar.

—No creo que eso pueda ayudarme, pero como quieras.

—Claro que te servirá —dijo Aguirre seguro de sí mismo—. Eso no era todo. En uno de mis viajes, conocí a una chica, en Francia. Me cautivó en cuanto le puse la vista encima. Coincidimos en varias ocasiones, intimamos y, en fin, una cosa llevó a la otra. Nueve meses más tarde nació mi cuarta hija, Elena. Nunca volví a saber nada de su madre. Con el tiempo, averigüé que había fallecido. Conseguí dar también con su hija, nuestra hija, Elena, y me propuse cuidarla. Desde que pude localizarla, hace unos cuantos años, me he ocupado de ayudarla con sus gastos, de sufragar su educación, de ofrecerle todo mi apoyo. Es mi único orgullo. Pensarás que soy un mal tipo...

—No estoy aquí para juzgar a nadie —consideró Monsalve.

—Te lo agradezco. En realidad, no me arrepiento de nada. Es la única alegría que me ha dado la vida.

—Ahora veo que en algo afectará eso a tus otros hijos —apuntó el inspector.

—¡Y tanto que los afectará! He decidido que ella, y solo ella, se beneficie de mi fortuna. Ya estoy preparando los documentos para traspasar todo a su nombre. A los demás, no los voy a dejar sin nada, no soy tan cruel. Cada uno de mis hijos recibirá un legado en metálico suficiente para que puedan vivir de forma desahogada. Pero si quieren llevar el tren de vida que actualmente llevan, tendrán que poner de su parte y madurar de una vez por todas.

—Eso sí me suena a móvil de un crimen, si fuesen conscientes de ello tus hijos, claro —dijo el inspector en tono de broma.

—Lo serán en breve. Por eso necesito tu ayuda. Si algo me pasara...

—No lo pienses siquiera. Una cosa es que se sientan molestos y otra cometer un asesinato.

—No los conoces. Serían capaces de todo por recibir lo que creen que es suyo por derecho propio.

—Déjame que estudie sus perfiles y haga algunas averiguaciones y te voy diciendo. De momento, yo no me preocuparía.

—Esperaré tus noticias.

—Otra cosa —dijo Monsalve, ya presto a marcharse—. Necesitaré también que me facilites los datos de tus empleados. Como tú bien has dicho, no puedes fiarte de nadie.

—Te los haré llegar —respondió Aguirre mientras estrechaba la mano de su invitado.

Un cuarto de hora más tarde, Monsalve se encontraba de nuevo sentado en su despacho, rumiando la conversación mantenida. Comenzó a ojear el dossier y a ordenar cada papel según le dictaba su propia lógica. No había mucho que le ayudara; los nombres de sus hijos, sus parejas y sus ocupaciones, alguna afición, costumbres y una relación de deudas de alguno de ellos. Tendría que averiguar algo más si quería llegar a aclarar lo que estaba sucediendo, si es que sucedía algo.

Estaba tan absorto en aquellos folios manuscritos, que no oyó a Jimena llamar a la puerta.

—¡Andrés! —exclamó Jimena alzando la voz—. Llevo un rato intentando llamar tu atención.

—¿Qué...? Ah, perdona. Dime.

—¿Estás bien?

—Sí. No pasa nada —contestó Monsalve reclinándose en su silla—. Pasa, siéntate.

Jimena se sentó ante el inspector y le puso al día del caso de homicidio del joven hallado esa misma mañana. Habían averiguado que era un vendedor de drogas sin otro oficio conocido. No contaba con familia que lo reclamara más allá de su madre, viuda y enferma de alzhéimer, internada en una residencia especializada. La buena mujer no recordaba que tuviera un hijo. Después de intentarlo durante media hora, los agentes no pudieron obtener ninguna información valiosa. Una auxiliar de la residencia, una tal Rosa Romero, les indicó que el hijo hacía tiempo que no aparecía por allí, pero que las últimas veces se había mostrado más nervioso de lo habitual, mirando a su alrededor de manera desconfiada. No era un mal hijo. Pagaba la residencia y la visitaba cuando podía; eso sí, la veía en cinco minutos y desaparecía. Rosa no le había dado importancia porque sabía de su adicción, según ella, a la cocaína. Su nombre: Melchor Arenas. Desconocía más datos de relevancia.

—Habría que averiguar su domicilio, sus clientes, si trabajaba solo o para alguien... —ordenó Monsalve—. Ya sabes lo que hay que hacer.

—Ya estoy en ello —le respondió Jimena, segura de sí misma—. ¿Necesitas algo más o puedo salir a tomar un café?

—Nada. Sal y toma ese café —respondió Monsalve con una sonrisa picarona y un guiño de ojo.

—Jajaja. No es lo que piensas —rió Jimena, divertida—. Es una amiga que va a pasar en Madrid unos días. Estudia un máster en relaciones internacionales en Oxford y llevo tiempo sin verla.

—Tampoco es mal plan —respondió el inspector—. Tómate la tarde libre. Mañana seguiremos a primera hora de la mañana.

—Gracias, Andrés.

Capítulo III

Teresa

Jimena cerró la sesión de su ordenador y se disponía a salir de su despacho cuando Marín la interrumpió.

—Tienes visita. Una mujer bastante guapa. La señorita Gómez, Teresa Gómez.

—Gracias, Marín. Esta tarde ya no vuelvo. Nos vemos mañana, pero, por favor, a ver si averiguas dónde vivía la víctima de esta mañana y si tenía amigos, conocidos, clientes... algo que nos pueda dar luz en este caso.

—Por supuesto, Jimena. Vete tranquila.

En el vestíbulo de la comisaría, aguardaba con impaciencia Teresa Gómez, íntima amiga de Jimena desde que eran niñas.

Habían vivido y compartido muy buenos momentos, crecido juntas en Sevilla y forjado una inquebrantable amistad.

Teresa, muy atrevida y espontánea por naturaleza, no aparentaba serlo. Lucía una media melena gris muy cuidada. Llamaban la atención sus ojos negros, con una mirada limpia, que contrastaban con una cuidada y lisa piel clara, su nariz pequeña y sus perfilados labios siempre estrenando sonrisa. Su aspecto tradicional competía con su espíritu intrépido, abierto a cualquier proposición, siempre que de conocer mundo se tratara. Ello la había llevado a estudiar Traducción e Interpretación en su Sevilla natal, para continuar en la actualidad su formación en Oxford. Tan pronto como disponía de unos días libres, pasaba un par de ellos con su amiga del alma, Jimena.

—¡Teresa! —llamó Jimena mientras se dirigía hacia ella con los brazos abiertos—. Estás guapísima —la piropeó mientras la abrazaba.

—¡Qué ganas tenía de verte! ¿Nos vamos?—Sí. Tenemos toda la tarde para nosotras. Ve poniéndome al día —le pidió mientras salían de la comisaría.

Las dos amigas caminaron sin rumbo fijo, con la sola intención de contarse, cara a cara, las novedades de sus vidas. Si bien es cierto que habían hablado hacía un par de días, no importaba, se contaban cualquier cosa con la misma intensidad que si llevaran años sin verse.

Jimena relataba orgullosa cuánto había aprendido en los pocos meses que llevaba trabajando con Monsalve.

—Es el mejor —decía—. Hoy me ha dejado un poco a mi aire con un nuevo caso de homicidio.

—Cuenta, cuenta —pedía Teresa, interesada.

—Nada por ahora. Estamos en ello.

—Hija, qué sosita eres...

—Ya sabes que no puedo dar detalles de las investigaciones.

—Lo sé, lo sé, pero... es que me encanta lo que haces.

—¡Cuéntame tú! —insistió Jimena tratando de desviar la conversación.

—Yo bien. Ya me conoces. Genial con la gente que he conocido...

—¿Gente? —interrumpió Jimena.

—Sí, gente —contestó Teresa—. Chicos y chicas —rio.

—Ay, me parece que nos vamos a quedar las dos para vestir santos, como decía tu madre.

—Es que somos muy exigentes —apuntó Teresa—. Pero bueno, déjame que te cuente. Tengo un grupo muy guay. Dos chicos y tres chicas, una de ellas habla español perfectamente. Es francesa y al parecer su padre es una persona influyente y rica de aquí, de Madrid. Maneja mucho dinero y está siempre inventando en qué gastarlo.

Interrumpieron su conversación para acordar dónde cenar.

—¿Japonés? —preguntó Jimena

—¡Japonés! —corroboró Teresa.

Las dos amigas siguieron caminando en dirección al restaurante japonés que visitaban con bastante asiduidad y aprovecharon el camino para ponerse al día y recordar anécdotas pasadas, del colegio, del instituto, de sus amigos en Sevilla... olvidándose por unas horas del resto del mundo.

Entraron en el restaurante, donde les sorprendió una luz entristecida de color naranja. Tuvieron que acomodar sus pupilas para ver con claridad.

Saborearon unos platos de sushi, unos fideos fritos y un postre de chocolate acompañado de helado frito, menú que ya se había instalado en ellas cuando querían celebrar algo. Después de cenar, Jimena acompañó a Teresa a casa de su tía. Por mucho que insistió en que se quedase con ella en casa, no consiguió que aceptara.

—¡Cualquiera le dice a mi tía que no voy a dormir aquí! —protestó Teresa.

Se despidieron con otro caluroso abrazo y quedaron en verse al día siguiente.

*

Jimena llegó a casa extenuada. El día había sido intenso, así que fue directa a su habitación.

Encendió la luz de su mesita de noche, la de una lámpara tipo Tiffany que reflejaba de forma ordenada variedad de colores creando un ambiente acogedor.

Se desvistió despacio, bailando al son de una música que solo ella podía oír. Bajó su pantalón hasta los tobillos y, de un movimiento brusco, se desprendió de un pernil, otro movimiento más y el pantalón saltó por los aires yendo a parar encima de una silla. Seguía danzando mientras se despojaba del resto de su ropa, que dejó en el suelo conforme avanzaba hasta el baño.

Encendió varias velas aromáticas y abrió el grifo de la ducha. El agua cubrió su cansado cuerpo. Las gotas caían en cascada sobre su cabeza jugando a buscar caminos a través del resto de su figura. Se dejó inundar por aquella agua juguetona durante cinco minutos. Después, sin gana, cerró el grifo, se envolvió en una toalla y comenzó a peinar su cabello.

Con su pijama de franela protagonizado por Mickey Mouse, Jimena se acurrucó en su cama y repasó lentamente las horas vividas con su amiga. Con ella se sentía relajada, feliz. Nadie la entendía como Teresa. Ahora, una hora más tarde, venía a su cabeza la conversación mantenida acerca de sus amigos de Oxford. Algo la inquietaba. Le había llamado la atención, en particular, la

forma de ser de la amiga francesa, cuyo nombre, por cierto, no le había dicho. No le parecía la forma de actuar normal de Teresa. Prestar más atención a lo que rodea a la persona que a la persona en sí no era propio de ella. ¿Será deformación profesional?, se preguntaba. Tanto tiempo compartido con Monsalve estaba dejando huella.

Después de darle unas cuantas vueltas a esa idea, descartó cualquier pensamiento en contra de los amigos de Teresa. La próxima vez que la viera, le preguntaría cualquier duda. Pero era cierto que su trabajo y el analizarlo todo como el inspector Monsalve le había enseñado empezaba a ser habitual en su vida cotidiana.

Capítulo IV

Navidad en casa de los Aguirre

El día 23 de diciembre, por la mañana, comenzaron a llegar los hijos de Miguel Aguirre a pasar las fiestas en familia.

Los primeros en hacerlo fueron su segundo hijo, Beltrán, con su esposa, Cristina, y sus dos hijos de ocho y diez años, llamados también Beltrán y Cristina.

Beltrán era físicamente el más parecido a su padre. Quizá por eso Miguel Aguirre se veía reflejado en él más que en cualquiera de sus otros hijos. Eran bastante parecidos también en su forma de ser, pero las similitudes se disipaban cuando se trataba de afrontar la vida y la toma de decisiones. Beltrán cedía en favor de cualquier opinión que viniese de su esposa. Eso lo convertía en una persona tibia y sin palabra. Era Cristina la encargada de decidir cómo y cuándo se llevaban a cabo las cosas, por pequeñas que fueran. De hecho, cada vez que Beltrán pedía algo a su padre, era Cristina quien le dictaba palabra a palabra lo que debía decirle.

Carecía de estudios y cualquier tipo de formación. Desde pequeño, odiaba todo lo relacionado con el colegio. Al cumplir la mayoría de edad, su padre le ofreció un puesto en una de sus empresas para que comenzara desde abajo. A fecha de hoy, se encontraba trabajando en el mismo puesto que cuando empezó. Se dedicaba a archivar documentos y facturas, contabilizar pedidos y cualquier trabajo que se le solicitara desde el departamento de administración. Según su esposa, no era más que «el chico de los recados». Eso le hacía sentir infravalorado, lo que daba pie a muchas discusiones entre la pareja. El resto de las desavenencias se debían a los continuos coqueteos de Cristina con quien le saliera al paso.

Cristina, algo mayor que su marido, poseía el don de estar en el momento y lugar oportunos para enterarse de todo lo relativo a la familia, a las empresas y a las vidas privadas de cuantos la rodeaban. No muy agraciada físicamente, casi conseguía verse atractiva cuando se arreglaba. Desde el pelo hasta los zapatos no le faltaba detalle. Gastaba una gran cantidad de dinero en boutiques y salones de belleza, siempre a la última en moda y en tratamientos anti-edad. Cuidar su aspecto físico era su mayor adicción. Sus dos hijos eran el fiel reflejo de la vida de lujo y capricho que llevaba su madre. Consentidos y llorones, eran incapaces de aceptar un no por respuesta.

*

Se acomodaron en sus respectivas habitaciones y bajaron a la biblioteca a tomar un café frente a la chimenea. Poco después, aparecieron Marisa, la tercera de la saga, con su marido, Juan, y su hija, Rebeca, de cuatro años.

Marisa era lo que su madre solía llamar «poquita cosa», falta de espíritu, introvertida y muy menuda. Desde que contrajo matrimonio, no volvió a trabajar. Eso se reservaba a los hombres, en opinión de su marido.

—En casa es donde mejor puedes estar —zanjaba él.

Era Juan el que llevaba el pan al hogar, por descontado, miembro de una de las empresas Aguirre. Su puesto le daba acceso a casi toda la información contable, por lo que sabía aprovechar el momento más oportuno para pedir dinero a su suegro. Para ello, mandaba a su complaciente mujer.

En la familia se rumoreaba que Marisa sufría malos tratos por parte de su marido, pero ella nunca dijo nada ni hubo indicios irrefutables de que así fuera. También se aceptaba como un hecho probado que la quería solo por su dinero y que esa era la única razón que lo mantenía junto a ella. Rebeca, nadie sabía por arte de qué, era una niña sana y feliz, con las típicas conductas de la edad, pero obediente y educada.

El último en llegar fue Miguel Junior, al que todos llamaban Junior. De los tres, era el único que contaba con estudios superiores. Obtuvo un grado en Económicas que le permitió ocupar un puesto en el consejo de administración de las empresas de su padre, siempre bajo la estricta supervisión del mismo. Nada se movía sin que Miguel Aguirre diese su aprobación. Junior contaba con una inteligencia superior a la media, aunque de nada le valía, según su progenitor, cuando se trataba de temas personales. Había contraído matrimonio con una cazafortunas sin educación alguna, Jennifer, familiarmente conocida como Jeny y en sus esferas más íntimas como «la Jeny». Nadie se explicaba qué había visto Miguel Jr. en ella. Quizá que lo dejaba vivir su vida sin meterse en sus «chanchullos». Aunque cobraba un buen sueldo y gozaba de ciertos privilegios en la empresa, Jr. siempre conseguía verse envuelto en asuntos turbios. Era una persona adicta a los coches de lujo, y demás artículos propios de lo que él entendía como su estatus. Jennifer sentía devoción por él, por lo que no le negaba nada que le pidiera. Fruto de este peculiar matrimonio había nacido un niño, copia fiel de su madre.

Todos se fueron acomodando en sus habitaciones. A la hora de comer, el salón pasó de ser una estancia fría y vacía a derrochar vida a través de las voces de alegría, simulada, por el reencuentro.

La comida transcurrió con aparente tranquilidad. Hasta el momento, todos y cada uno de ellos habían guardado las formas, tanto que, por un momento, Miguel Aguirre había tenido la sensación de estar ante una familia ‘normal’.

Después del almuerzo, pasaron a tomar un café a una acogedora sala de estar. Miguel adoraba la biblioteca, era su santuario, por lo que evitaba a toda costa que fuera invadida por sus hijos y consortes. Consideraba aquello como un ataque a su intimidad, lo que no evitaba que ellos lo hicieran siempre que encontraban ocasión.

Durante el café, la familia hablaba de forma distendida, momento que aprovechó Miguel Aguirre para decirles a todos:

—Me alegra teneros de nuevo en casa.

—Gracias, papá —interrumpió Junior.

—Déjame hablar, hijo. Es importante. Mañana, a más tardar a medio día, conoceréis a un miembro de la familia que ha estado oculto durante veinticinco años.

—¿Qué?! —exclamaron casi al unísono.

—Lo que habéis oído. Ya es hora de que sepáis que sois cuatro y no tres hermanos.

Es una historia larga, no os quiero ahora aburrir con los detalles. En definitiva, todo puede reducirse a una relación que mantuve con otra mujer hace veinticinco años y al fruto de aquel loco amor.

Miguel Aguirre expuso de forma concisa la relación mantenida con una joven mujer aprovechando sus viajes de negocios. Insistió en que nunca tuvo intención de abandonar a su

familia. Fue algo que surgió y no pudo controlar. Tras varios años de búsqueda pudo localizar a su cuarta hija y contactar con ella para intentar recuperar el tiempo perdido.

Al escuchar aquello, todos comenzaron a hablar entre sí, tapando unos las palabras de los otros, dando lugar a un incómodo revuelo.

Miguel los increpó para que guardaran silencio y lo dejaran terminar de hablar. Tuvo que alzar la voz en tono serio para que en aquel gallinero reinara de nuevo el silencio.

Todos escuchaban con atención, sin salir de su asombro, el hecho de que existiera una heredera más con la que repartir la fortuna familiar.

Una vez terminó de explicar todos los detalles de la vida de Elena, Miguel pidió una acogida calurosa a aquella hermana que, cuando menos, se sentiría igual de incómoda que ellos.

Al dar por terminadas las explicaciones, Miguel se retiró, como cada noche, a la biblioteca.

Cuando el cabeza de familia salió de la sala de estar, el resto de la familia se dedicó a mostrar su desaprobación y preocupación ante tan inesperada noticia. Sin saberlo, Miguel Aguirre les había declarado la guerra.

—Hay que hacer las cosas bien —comenzó diciendo Junior—. Debemos ser inteligentes. No desesperar. Vamos a ver quién es y cómo es, qué intenciones tiene nuestro padre y luego tomaremos decisiones.

—Eso está muy bien —respondió Cristina con prontitud—. Pero vuestro padre lleva tiempo tramando algo y yo aseguraría que no es bueno para nosotros.

—¿Nosotros? —replicó Miguel Junior—. Que yo sepa tú no tienes parte en la herencia.

—A ver, a ver —dijo Beltrán, intentando calmar los ánimos—. Lo que mi mujer quiere decir...

—¡Todos sabemos lo que tu mujer quiere decir! —contestó Junior elevando la voz—. Ya es hora de que hables por ti mismo y dejes a tu mujer fuera de nuestros asuntos.

Esta vez fue Marisa la que con una voz casi imperceptible propuso:

—Dejad de discutir. Es el momento de mantenerse unidos. Hagamos lo que dice Junior, esperemos a ver y luego decidiremos qué hacer, pero juntos.

Nadie esperaba esa reacción de la tímida Marisa y mucho menos estando su marido delante, pero sus palabras fueron acogidas por todos como definitivas. Seguirían de cerca los acontecimientos e intentarían averiguar qué se proponía su padre.

Elena llegó el día 24 por la mañana. Su padre salió personalmente a recibirla, cosa que no hacía jamás con ninguno de sus otros hijos.

—¡Elena! —exclamó Miguel emocionado—. ¡Cuánto tiempo he esperado este momento! Tú aquí, en casa, en nuestra casa...

—Sí papá, yo también he soñado con que llegase este momento —le respondió mientras lo abrazaba.

Miguel, invadido por la emoción y con lágrimas en los ojos, la condujo dentro para presentarle a sus hermanos y sus respectivas familias. Entrando en el salón y conduciendo a Elena por los hombros, la situó en medio de los presentes.

—Aquí tenemos a Elena, mi hija, vuestra hermana. Ahora la familia está al completo y podemos celebrar la Navidad —dijo el patriarca.

Uno por uno, se fueron acercando a recibirla. Como una manada de lobos disfrazados de corderos, la sonreían e invitaban a sentarse y charlar con ellos, pero no con la intención que él cabeza de familia creía. Miguel sintió de pronto que juzgaba con dureza a sus hijos y que quizá solo habían sido víctimas del desapego emocional que sufrieron desde pequeños.

El comedor se encontraba adornado para la ocasión. Una mesa larga vestida con mantel navideño sostenía una completa vajilla de porcelana acompañada con un juego de copas de cristal de Bohemia. En el centro, dos coronas navideñas formadas por flores de Pascua naturales acogían en su interior dos olorosas velas de color rojo intenso. Sobre cada plato, había sido colocado con esmero un diminuto sobre con una felicitación en su interior y las instrucciones de un juego preparado para el intercambio de regalos. En un rincón de la estancia, sobre un aparador de madera de roble, un tocadiscos de los años ochenta amenizaba la velada con villancicos clásicos.

Los niños revoloteaban alrededor de la mesa, felices, a la espera del ansiado momento de repartir los regalos. Miguel, rodeado de todos sus hijos presidía la mesa con visible orgullo.

—Marisa —llamó—, haz los honores y trincha el pavo.

Marisa obedeció y sirvió a cada comensal una generosa ración acompañada de compota de manzana. Mientras tanto, Junior hacía gala de sus conocimientos vinícolas y descorchó un Portillo Malbec de 2016 para maridar con el asado.

Capítulo V

Muerte frente al fuego

El acogedor comedor fue testigo de una apacible cena de familia como la que Miguel Aguirre había deseado disfrutar desde hacía tiempo. Elena fue acogida por el resto como una más y, entre ellos, no hubo ni el menor atisbo de rivalidad. En esos momentos, le vino a la cabeza los anónimos recibidos, las conductas de sus hijos de meses, incluso años atrás, y pensó que posiblemente a Monsalve le amparaba la razón. No debía preocuparse, sus hijos, sus familias, al menos esta noche, se comportaban como cualquier padre hubiese deseado.

Llegó la hora de los regalos. El árbol de la sala de estar acogía bajo sus ramas verdes adornadas un gran número de paquetes envueltos primorosamente en colorido papel. A excepción de los preparados para los niños, el resto carecían de etiqueta. Este año los regalos no eran personalizados. Previamente, Miguel Aguirre había solicitado que cada uno aportara un regalo especial, aquel que le gustaría recibir esa noche. La única condición sería que pudiese ser recibido por cualquiera de los asistentes. Con ello el padre de familia buscaba evitar despilfarros y enfados por obsequios descompensados, situaciones que se habían repetido año tras año desde que falleció su esposa. En sus sobres, cada comensal había encontrado un número del uno al ocho, introducidos al azar. El juego consistía en que aquel que tuviese en su poder el número uno sería el primero en escoger su regalo. El número dos sería el segundo y, antes de abrirlo, podría escoger entre quedárselo o cambiarlo por el del primero. Igual seguiría haciéndolo el tercero, y así sucesivamente. Un viaje para dos, una sesión de spa, unas entradas para el teatro... Al final del juego y, a pesar de haberse divertido bastante, no faltó quien intentó cambiar su regalo por el de otro fuera de su turno hasta conseguir contentar a la mayoría de los participantes.

Recuperada la calma, Miguel Aguirre tomó la palabra y anunció la noticia que había estado preparando desde hacía días.

—Tengo que deciros que me he llevado una grata sorpresa esta noche —comenzó—. Hemos disfrutado de esta velada como una familia unida. Ahora os pido que sigáis haciéndolo y aceptéis mi voluntad. Sabed que todo lo que voy a deciros ha sido meditado y preparado con el único propósito de buscar lo mejor para cada uno de vosotros el día que yo falte.

Todos escuchaban con atención y sin apenas moverse.

—He decidido modificar mi testamento —anunció, poniendo énfasis en cada una de sus palabras—. Como sabéis, había dispuesto mi última voluntad repartiendo todos mis bienes a partes iguales entre vosotros.

—Y es lo correcto. ¿No, papá? —repuso Junior.

—Salvo porque vosotros habéis tenido acceso a trabajo, vivienda, dinero y todo lo que habéis necesitado durante toda vuestra vida, y continuáis pidiendo más y más. Nada se os ha negado. Sin embargo, Elena ha estado apartada de todo.

—Entendemos que debas incluirla en tu testamento, papá, si es eso lo que intentas decirnos —continuó Junior.

—Es eso y algo más que eso. Elena será compensada por todos estos años que ha estado apartada de la familia.

—¿Cómo compensada? ¿Qué quieres decir? —volvió a interrumpir Junior.

—Lo que acabo de decir: compensada. Y el cómo no os corresponde a vosotros decidirlo.

Solo quería que tuvieseis conocimiento de mi intención y que respetéis mi voluntad. Vosotros tres recibiréis un legado en metálico, suficiente para vivir desahogadamente. Si no respetáis mi decisión, solo recibiréis lo que por ley no os puedo negar, y creedme si os digo que no os conviene.

—Y... —volvió a terciar Junior—.

—No hay nada más que decir, hijo —lo interrumpió Miguel—. Está decidido y en marcha. Ahora os dejo, que tendréis mucho de qué hablar. Voy a leer un rato a la biblioteca. Buenas noches.

No hubo nadie que añadiera una palabra a las lanzadas como perdigones unos instantes antes. Miguel salió de la habitación dejando tras de sí a unos perplejos y decepcionados invitados. Detrás de él salió, discretamente, Elena, alegando encontrarse indispuesta.

Al llegar a la puerta de la biblioteca, Elena dedicó un cariñoso beso a su padre y se dirigió a su habitación.

En la biblioteca, un preocupado Miguel Aguirre tomó asiento en un sillón frente a la chimenea disponiéndose a leer, como cada noche, antes de retirarse a dormir a su habitación, situada en el piso de arriba. La cena se había desarrollado mejor de lo esperado y, aunque seguía preocupado por las reacciones que su noticia hubiera provocado en sus hijos, se sentía liberado por haber expuesto su decisión.

El resto de los miembros de la familia, una vez acostados los niños, se discutían la repercusión que, en sus patrimonios y en sus vidas, tendrían las últimas palabras de su padre.

—Esto no puede quedar así —intervino Junior—. Una cosa es aceptar una hermana salida de la nada y otra bien distinta consentir que se nos niegue nuestro derecho.

—Ya lo decía yo. Ya lo decía yo —rezongó Cristina, levantándose de su asiento y dirigiendo la mirada al resto—. Algo trama vuestro padre desde hace tiempo.

—Sí, pero no creo que sea legal lo que propone —siguió diciendo Junior—. Y habrá que ver si es o no nuestra hermana.

—Proponer no ha propuesto nada en firme. Es más, yo diría que todavía no hay documentos —intervino Beltrán.

—Eso es cierto —corroboró Junior—. Y si no hay nada formalizado, el testamento vigente nos nombra a los tres herederos universales...

—¿Qué estas insinuando? —le preguntó Marisa.

—No insinuó nada. Digo que, si no formaliza su última voluntad en un nuevo documento, algo podemos hacer para evitarlo.

—Pues no se me ocurre nada —dijo Marisa—. Ya sabéis cómo es. A no ser que muera antes de...

Al darse cuenta de lo que había dicho, Marisa rectificó enseguida alegando que no hablaba en serio, que ni siquiera había pensado sus palabras. La cuestión era que, entre los allí presentes, nadie consideró descabellada aquella intervención. Al fin y al cabo, a la vista estaba que ninguno de ellos adoraba a su padre.

Después de unos instantes más de desahogos y sugerencias sin sentido, se retiraron a dormir

con la esperanza de que se despejara el nuevo escenario. Nadie estaba dispuesto a asumir la pérdida de un patrimonio que creían haber tocado con sus manos.

Al enfilar las escaleras, Cristina llamó la atención de su cuñado Junior sujetándolo por el brazo.

—¿No piensas hacer nada? —le susurró al oído.

—¿Qué quieres que haga? Seguro que lo tiene todo atado y bien atado.

—Tenemos que saberlo. O se lo preguntas tú o lo hago yo.

—Deja, deja. Ya hablaré yo con él.

Dándose la media vuelta, se dirigió a la biblioteca donde encontró a su padre sentado frente al fuego leyendo *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez.

—Papá —dijo Junior a media voz, con miedo a molestarlo.

—Pasa. No te quedes ahí. ¿No podéis dejar las cosas como están? ¿Qué quieres saber?

—¿Qué ha pasado, papá? ¿Por qué no estas nunca contento con nada?

—Os veo y no os reconozco. Esperaba que valorarais lo que tenemos, lo que tenéis.

—Lo que tienes, querrás decir. Nosotros no tenemos nada. Siempre rogando que nos des algo de dinero para llevar una vida digna —lo interrumpió.

—¿Una vida digna?! ¡Yo diría una vida de excesos y descontrol! —estalló—. Me hubiese gustado que estudiaseis, aprendieseis, trabajaseis codo con codo conmigo, pero nunca os ha interesado el negocio, ni los retos.

—No digas eso. Eres tú el que no dejas que tengamos iniciativa. Todo, absolutamente todo, lo quieres controlar...

—Porque no os paráis a pensar, no analizáis. Para vosotros el dinero manda, la posición manda. ¡Tener, tener, tener...! ¡Hasta de deudas estáis llenos!

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Yo me entero de todo. Y ese tren de vida que lleváis no hay quién lo soporte. Por mi parte, no lo voy a consentir.

—Entonces, ¿iba en serio lo del legado?

—¡Claro que va en serio! Muy en serio. Pero no debéis preocuparos. Encauzad vuestras vidas y aprended a ser felices con el fruto de vuestro esfuerzo y trabajo.

—Hablando de trabajo, ¿y nuestros trabajos? ¿Qué pasará cuando tú no estés? —preguntó Junior.

—Eso le corresponderá a tu hermana Elena. Ella será la que tomará todas las decisiones de las que pasarán a ser sus empresas.

—¡No puedo creer que nos hagas esto!

—Entiendo que estés enfadado, pero con el tiempo me lo agradecerás.

—Y, ¿para cuándo será eso? ¿Ya has preparado el traspaso?

—Estoy ultimando los últimos detalles. Quedan por resolver temas de impuestos y firmar. Espero tenerlo todo arreglado a final de año.

—¿No habrá vuelta atrás no? Yo podría ayudar a Elena.

—Junior, estoy cansado, déjalo ya. No te preocupes por tu trabajo. Yo espero estar aquí mucho tiempo todavía.

Junior se despidió de su padre. Sabía que era inútil seguir insistiendo. Mejor emplear la energía en ver cómo podría parar aquello. Al subir a su habitación, Cristina lo esperaba al final de la escalera.

—¡Cuenta! —lo interpeló.

—No hay marcha atrás. No entra en razón.

—¿Hay algo que hacer?

—Todavía no tiene los documentos. No hay nada firmado.

—Cuenta con nosotros. Ya sabes que tu hermano Beltrán hará lo que le pida.

—Pon al corriente a tu marido que yo se lo contaré a mi hermana.

Antes de entrar en su habitación, Junior llamó discretamente a la habitación de su hermana. Marisa abrió despacio la puerta y dejó pasar a su hermano. Junior resumió en pocas palabras la conversación que había mantenido con su padre.

—¡Esto pasa ya de castaño oscuro! —intervino Juan—. Yo intento mantenerme al margen de vuestros asuntos, lo sabes, Junior, pero este asunto afecta a mi esposa y, si afecta a mi esposa, me afecta a mí.

—Lo sé. Cristina y Beltrán también están enterados. Pensad esta noche a ver qué se os ocurre. No lo vamos a tolerar.

Junior dejó a la pareja y salió en la más absoluta oscuridad y silencio hacia su habitación, donde Jennifer lo esperaba ajena a todo y sin ganas de saber nada.

*

A las dos y media de la mañana, una sombra se deslizó por el pasillo hacia la biblioteca. La luz de la estancia seguía encendida y podía verse por debajo de su gran puerta de madera. El silencio era casi palpable, como una presencia. Todo parecía en calma, con esa paz que sobrevuela el ambiente en los buenos días navideños. Pero, media hora más tarde, la sigilosa sombra volvía a entrar en su habitación sin que nadie se hubiera percatado de su presencia.

El día 25, temprano, Irene, la interna, entraba en la biblioteca para realizar la limpieza diaria y volver a encender el fuego. Extrañada por ver la luz todavía encendida, se acercó, despacio, a la chimenea. Allí encontraría a Miguel Aguirre en su sillón, con un libro entre las manos, sin vida.

Capítulo VI

Adiós a la jubilación

Irene, la interna, después de unos segundos en shock, comenzó a gritar de forma desesperada hasta despertar a los habitantes de la casa. Al oír su llamada de socorro, todos aparecieron de forma atropellada en la biblioteca.

—No toquéis nada —ordenó Junior—. Hay que llamar a la policía.

La estancia se llenó de lamentos y sollozos alrededor del cuerpo inerte de Miguel Aguirre. Elena fue la última en llegar, en pijama, con el único abrigo de una sudadera universitaria de Oxford. Al acercarse al cadáver, todas las miradas se posaron en ella.

—¡Esto ha sido todo por tu culpa! —dijo Cristina, señalándola con el dedo índice—. Te podías haber quedado donde quiera que estuvieses todo este tiempo.

—No es el momento —regañó Junior, apartando a Cristina de Elena—. Hay que esperar a saber qué ha pasado. Quizá un ataque al corazón o vete tú a saber...

Irene ofreció un vaso de agua a la joven Elena para tratar de tranquilizarla. Se la veía muy afectada e indefensa ante el resto de los allí presentes. Elena tomó un par de sorbos de agua, agradeciendo a Irene su gesto. Estaba sola en aquella mansión ajena, rodeada de familia desconocida y con su padre... muerto.

No había pasado ni media hora desde que se hizo la llamada a la policía, cuando un equipo de la comisaría de la zona llamó a la puerta. Diez minutos después, los alrededores de la vivienda acogían a multitud de curiosos y a dos equipos de prensa y televisión.

Mientras tanto, Monsalve se desperezaba en su baño, a punto de darse una ducha. La radio, como de costumbre, lo acompañaba en sus tareas matutinas hasta que abandonaba su casa para ir a la comisaría. Aquella mañana, la había dejado sobre la encimera de la cocina y le había subido el volumen.

—«Está mañana ha sido hallado el cuerpo sin vida del empresario multimillonario Miguel Aguirre...».

Al oír aquello, Monsalve, se cubrió con su albornoz y se dirigió a la cocina para asegurarse de que era cierto lo que acababa de escuchar. El locutor confirmó la noticia a la espera de tener más datos sobre la muerte del millonario.

—Adiós a mi jubilación —se dijo en voz alta—. Este caso debe ser mío. Es lo menos que puedo hacer por Miguel.

Monsalve tomó la ducha más apresurada de su vida y salió de su casa mientras marcaba el teléfono de un conocido que trabajaba en el Ministerio del Interior. No manejaba ningún dato oficial, pero después de la conversación mantenida días atrás con su amigo de la infancia Miguel Aguirre, su sexto sentido lo puso en alerta.

Cuando llegó a casa de Aguirre, los compañeros de la comisaría de Chamartín ya habían sido informados de que Monsalve y su equipo serían los encargados de llevar el caso. Los agentes lo saludaron algo molestos. Aquella investigación, por ser el fallecido tan conocido en las altas esferas económicas, podía haberles dado un impulso a su carrera.

—Gracias señores —les dijo Monsalve, estrechando con fuerza sus manos—. Es un asunto

pendiente relacionado con una investigación anterior que llevábamos en nuestra comisaría. De todas formas, será para mí un placer contar con su colaboración si están ustedes dispuestos.

Con esas palabras, Monsalve dio la vuelta a los sentimientos de sus compañeros, que, agradecidos e impacientes por trabajar con el conocidísimo y respetable inspector Monsalve, aceptaron sin dudar su ofrecimiento.

*

Jimena disponía de un día libre por Navidad, pero Monsalve consideró que debía sumarse al equipo de policías que se encontraban ya en la escena del posible crimen. El inspector ordenó a su equipo ocuparse de la toma de huellas, realización de fotografías y demás protocolo de actuación en caso de muerte inesperada. Mientras esperaban al juez de guardia y al médico forense para el levantamiento del cadáver, Monsalve recorrió con su mirada toda la estancia tomando nota en su libreta de bolsillo de todo aquello que le parecía digno de ser tenido en cuenta. Después fue repasando y colocando bajo su analítica mirada a todos y cada uno de los presentes.

—¡Marín! —llamó en voz alta—. Quiero una relación de todos los que se encontraban en la casa anoche.

—¡Eso está hecho, jefe! —respondió el agente.

—Y que te ayude un compañero de la comisaría de Chamartín.

—Jimena —llamó—. Tú conmigo. No quiero que se nos pase nada. Ya sabes, revisa todo dos veces y si es tres mejor.

—Andrés —contestó Jimena—. ¿Qué tiene de especial este caso?

—Ya te contaré despacio, pero, por ahora, debes saber que es el caso que va a retrasar mi jubilación.

A Jimena aquello le endulzó sus oídos. Una relajada sonrisa apareció discreta en sus labios. De momento, seguirían contando con el inspector.

Una vez que el cuerpo sin vida de Miguel Aguirre fue enviado al instituto anatómico forense para que le practicaran la autopsia, Monsalve se centró en los huéspedes de aquella casa invadida por la tragedia. Reconoció los rostros de todos ellos por el dossier que revisó, precisamente, el día anterior. Una vez les hubo manifestado su más sentido pésame, les rogó su disponibilidad para responder a unas preguntas de rutina.

—¿Es que sospecha que su muerte no ha sido una muerte natural inspector? —preguntó Junior.

—No puedo decir nada hasta que la autopsia revele la causa de la muerte. Las preguntas son rutinarias salvo, claro está, que el resultado de los análisis nos indique que el señor Aguirre ha sido asesinado.

Al oír aquello, todos reaccionaron con exclamaciones y gestos de espanto. A un experimentado detective como Monsalve, aquello le pareció un punto exagerado. Cuando hubo terminado la conversación con los hijos y consortes de estos, se dirigió a Elena.

—Señorita, ¿puede decirme si sucedió algo especial anoche, un suceso imprevisto que pudiera haber provocado un ataque al corazón de su padre?

—Pasamos una buena noche, hasta que...

—Dígame. Esto quedará de momento entre usted y yo. No se preocupe.

—...hasta que mi padre nos dijo que tenía intención de cambiar su testamento.

—¿En qué sentido?

—En el sentido de compensarme por haber estado fuera de su vida durante estos veinticinco años.

—¿Cómo reaccionaron sus hermanos?

—No les sentó muy bien, si es a eso a lo que se refiere.

—¿Lo amenazaron o se enfrentaron a él en algún momento?

—No. No. Mi padre terminó la conversación y se fue a la biblioteca a leer. Yo lo acompañé hasta la puerta y subí a mi habitación. Los demás se quedaron hasta más tarde.

—Otra cosa, señorita —continuó el inspector, el matrimonio encargado del cuidado de la casa ¿vive aquí?

—Creo que sí. No se lo podría asegurar. Mi primer contacto con esta casa y la familia fue ayer.

—Está bien. No se preocupe. Seguiremos en contacto. Ahora descanse. Ha debido de ser un golpe muy duro.

—Así es, inspector. Yo quería a mi padre y estaba feliz porque por fin podría mantener una relación normal con él, sin necesidad de esconderme de nadie. Solo quiero que esto pase pronto y volver a Oxford; aquí ya no se me ha perdido nada.

Monsalve pidió a Jimena que formulara algunas preguntas al matrimonio compuesto por Irene, la interna, y Julio, su marido, sobre sus quehaceres en la casa, sus atribuciones, dónde se encontraban sus habitaciones y cualquier dato para comenzar la investigación. Aunque de momento nada confirmaba las sospechas de Monsalve, él sabía que, más pronto que tarde, el informe de la autopsia avalaría su teoría del asesinato.

Al día siguiente, a las once en punto, el informe del médico forense dictaminaba muerte por sobredosis. A Miguel Aguirre le había sido suministrada una cantidad alarmante de cocaína. Había fallecido, según sus cálculos, entre las una y las tres de la mañana.

Capítulo VII

Primeras investigaciones

El 26 de diciembre, a media mañana, el equipo de Monsalve se encontraba en la sala de reuniones frente al inspector y la apreciada pizarra, de momento immaculada, preparados para avanzar en la investigación.

La sala de reuniones contaba con amplios ventanales por las que entraba la luz natural. Monsalve bajó las persianas de láminas grisáceas para evitar distracciones del exterior.

—Tenemos mucho trabajo por delante y debemos arreglárnoslas para no dejar de lado la investigación del homicidio de Melchor Arenas.

—Inspector, perdone que le interrumpa —cortó López—, revisando los datos de los hijos del difunto, he encontrado una coincidencia que me parece importante.

—¡Suéltelo ya, López! —apremió Monsalve.

—Miguel Aguirre, el hijo, no el muerto...

—¡El difunto, López! —corrigió el inspector.

—Bueno, pues el hijo mayor del difunto, resulta que vive en el edificio donde se encontró el cadáver del joven Melchor Arenas. No sé si será una casualidad o...

—¡Las casualidades no existen en nuestro trabajo! —recordó Monsalve, elevando la voz—. ¡Marín! Otra pizarra. Llevaremos los dos asuntos de forma paralela. Ahora, los dos casos, Aguirre y Almagro, hasta que se demuestre lo contrario, están relacionados.

Marín colocó su mano derecha sobre su sien para realizar el saludo militar, gesto solía emplear para acatar las órdenes de su jefe. El encargado de inaugurar las pizarras fue el agente López. Mariano López llevaba en el equipo de Monsalve desde hacía quince años. Había pasado inadvertido debido a su aspecto mansurrón y su carácter discreto, pero sus dotes analíticas y precisas llamaron la atención de Andrés Monsalve. Ello, unido a su capacidad de empatizar con los delincuentes y las víctimas, lo convertían en una pieza valiosa dentro del equipo.

En una pizarra, López fijó la fotografía de Melchor Arenas. En la otra, una fotografía de Miguel Aguirre. Mientras en la primera fijaron un solo posible sospechoso, Miguel Aguirre Junior, su compañera mostraba como posibles culpables a todos los hijos de la víctima, además de los trabajadores Irene, Julio y el chófer.

—Ya tenemos al primer candidato —dijo Monsalve—. Marín, cita al mayor de los Aguirre para tomarle declaración. Jimena, para ti la señora Cristina. Y López, tú te encargaras de Beltrán, Dolores... de Jennifer. Yo me ocuparé de Elena.

—¿Y la otra hija, jefe? —preguntó López.

—A ella y al marido la dejamos para la segunda ronda, junto con los empleados y el chófer. Ahora... ¡a trabajar todo el mundo! —espoleó, con unas sonoras palmadas.

La sala de reuniones quedó vacía en segundos, con las dos pizarras, una al lado de la otra, presagiando las futuras reuniones, puestas en común, debates y conclusiones. A las cuatro de la tarde de ese mismo día, hacía su entrada en comisaría Miguel Aguirre, el primogénito de la víctima. El agente Marín lo acompañó a una de las austeras salas de interrogatorios.

—Tome asiento, por favor —lo invitó a la vez que hacía un gesto con la mano señalando una de las sillas de la estancia.

—Gracias. Espero no estar aquí mucho tiempo. Tengo negocios que atender...

—No se preocupe ahora por eso. Solo unas preguntas de rutina.

—¿Es cierto que mi padre murió de una sobredosis?

—Así es —respondió Marín—. Así se ha reflejado en el informe de la autopsia.

—No entiendo qué motivos podría tener mi padre para suicidarse...

—¿Por qué piensa que ha sido un suicidio? —preguntó Marín.

—Es lo más seguro, ¿no?

—Eso está por ver. ¿Tenía su padre algún enemigo? ¿Alguien que se beneficiará con su muerte? ¿Alguna persona que quisiera vengarse de él?

—No, que yo sepa. Mi padre tenía un carácter muy especial. No cosechaba amigos, pero de ahí a que alguien quisiera verlo muerto...

—¿Sabía usted que estaba recibiendo amenazas?

—¿Cómo?! No sabía nada.

—Llevaba un tiempo recibiendo amenazas de alguien cercano.

—Nunca nos dijo nada, agente.

—¿Quién se beneficia de su muerte? ¿Había redactado su padre su testamento?

—Supongo que sí. Hasta lo que yo sé, sí que lo tiene. Aunque personalmente no lo he visto. Él siempre hablaba de que mis hermanos y yo seríamos sus herederos a partes iguales. Es lo normal, ¿no? Todos nos beneficiamos de eso.

—¿Qué hay de su hermana Elena? tengo entendido que no tenían ustedes conocimiento de su existencia.

—Así es. Nuestro padre la trajo a casa para Navidad. Nos dio la noticia el día 23. Ninguno sabíamos nada de ella hasta ese día.

—Les disgustaría a ustedes que apareciera ahora, después de tanto tiempo...

—Pues sí agente, no se lo voy a negar, pero nosotros respetábamos a mi padre y si esa señorita es su hija, pues bienvenida sea.

—Pero ahora son más a repartir la herencia de su padre.

—¿No sé a dónde quiere ir a parar! —saltó Junior—. Primero habrá que saber si es efectivamente su hija, y, en ese caso, cómo afecta eso a la herencia. Será cuestión de consultar a un abogado.

—¿No es cierto que su padre anunció que su recién llegada hermana sería compensada con bienes patrimoniales y que a ustedes les dejaría un legado en metálico? —inquirió Marín, enérgico.

—Sí lo dijo, pero no creímos que fuera a hacerlo. Mi padre siempre se estaba quejando de

nosotros. Nada le parecía bien. Todo lo criticaba, lo desaprobaba... Pensamos que era otra forma de reprobarnos. Una amenaza, no un hecho.

—En definitiva, no lo creyeron.

—No del todo. Después de cenar y de soltarnos aquello, mi padre se retiró a la biblioteca, como cada noche. Antes de ir a la cama, fui a verlo, a hacerle entrar en razón...

—¿Y?

—Y nada. Deduje que no hablaba en serio. Lo dejé allí leyendo y me acosté.

—¿Tomaba su padre alguna droga?

—No, señor. Ninguna.

—Y usted o algún miembro de la familia... ¿Consume algún estupefaciente o tiene acceso a alguno? En concreto a cocaína.

—Creo que esta conversación ha terminado. Si quiere usted seguir por ese camino, deberá llamar a mi abogado para que esté presente.

—No está usted detenido. No necesita ningún abogado. Puede irse cuando quiera.

—Eso es lo que voy a hacer. Salir por esa puerta y olvidar que se me ha tratado como a un delincuente.

—Antes de salir por esa puerta, dígame, ¿qué relación mantenía usted con Melchor Arenas?

La expresión de la cara de Miguel Junior cambió hacia un aire de sorpresa y preocupación. Su tez se volvió blanca al instante y dos gotas de sudor rodaron por sus sienes.

—Ninguna —respondió mientras se dirigía hacia la puerta para abandonar la sala de interrogatorios.

El agente Marín dedujo que Junior conocía a Melchor Arenas. En cuanto se marchó, comenzó a investigar al detalle cada paso, tanto de la víctima, como de Junior.

Junior se había mostrado nervioso al verse relacionado con Melchor. Desde hacía tiempo, el chico trabajaba para él vendiendo la mercancía que Junior adquiría de la mafia rusa. En el último mes, Melchor había perdido una cantidad importante de cocaína. Decía que había sido atracado y que no tuvo otra opción. Aquello costó a Junior un grave disgusto con el cártel. No era la primera vez que Junior se veía en apuros, pero, siempre, de una forma u otra, conseguía salir airoso. Esta vez contaba con el dinero de su padre, aunque, estando así las cosas, no sabría cuándo conseguiría saldar sus deudas ni a cuánto ascenderían. De lo que no le quedaba duda era de que a su padre no le había dado tiempo a cambiar el testamento. Se sentía satisfecho de cómo había ido el interrogatorio a excepción de que pudieran relacionarlo con Melchor, pero, a fin de cuentas, él no lo había matado. Intuía, eso sí, quién había sido el artífice de su muerte y el porqué, pero mantendría la boca bien cerrada. Con esa gente era mejor no jugársela. Pagaría sus deudas y se alejaría de ese mundo para siempre.

Interrumpió sus pensamientos para hacer una llamada a Cristina, su cuñada. Entre ambos reinaba una relación tormentosa, aunque se entendían bien. De la familia, Junior consideraba que era la única que se encontraba a su altura.

El teléfono de Cristina sonaba sin parar. El ruido de los secadores y la charla de las clientas

del salón de belleza impedían escuchar nada. Junior tuvo llamar seis veces antes de que su cuñada contestase.

—¿Dónde estás metida? Llevo llamándote un rato —increpó Junior.

—Poniéndome unas mechas. Dime.

—Acabo de salir de la comisaría. Todo ha ido bien, pero os van a llamar a todos a declarar. Ya sabes...

—Por Beltrán no te preocupes. Dirá lo que yo le diga. Ahora te dejo que no puedo hablar.

—Está bien. Ensaya con él si es necesario, pero que no meta la pata.

—Tranquilo. Yo me encargo.

Fue colgar el teléfono y que un coche negro hiciera aparición. Dos hombres altos y fornidos lo agarraron por los brazos y lo forzaron a entrar en el vehículo. Antes de que Junior pudiera abrir la boca, uno de ellos la cerró con un trozo de cinta adhesiva a la vez que le tapaban los ojos con un improvisado pañuelo de tela oscura. No tardaron en salir de la ciudad y, tras veinte minutos conduciendo, dejando atrás dehesas y cultivos, en un silencio ensordecedor, tomaron un desvío que los dejó en una especie de cortijo abandonado.

Junior ya tenía una idea de dónde iba. No era la primera vez. El ruso lo esperaba. Un sudor frío recorrió su espalda y el vello de su cuerpo se erizó como el de un gato en apuros.

—¡Quitadle la venda! —ordenó el ruso a sus hombres—. Quiero que me vea bien y escuche lo que tengo que decirle.

Los hombres del ruso obedecieron y situaron a Junior frente a su jefe, cara a cara. Junior abrió y cerró los ojos hasta conseguir una imagen nítida de su interlocutor. El ruso tenía sus ojos clavados en él.

—Entiendo que has recibido mi recado —soltó, dando por hecho que Junior sabía a qué se refería—. Si no quieres acabar como tu amigo, ya sabes lo que hay que hacer.

—Tendrás tu dinero...

—Lo sé —interrumpió el ruso—. Ya he visto que te has ocupado de acelerar los trámites.

—Yo... yo... no...

—¡Chiss! Calla y escucha. ¡Coge la pistola! —ordenó, mientras uno de sus secuaces se la ponía en la mano derecha.

—¿Qué significa esto? ¿Qué quieres de mí? —preguntó Junior, con la pistola en la mano.

—¡Escucha con atención! No lo voy a repetir. Me importa un pimiento lo que hayas hecho o no. Me importa un pimiento cómo lo hagas, pero, o me pagas de inmediato o la poli recibirá la pistola que mató al insensato ese que tenías por socio. Con tus huellas. ¡Llévalos! —ordenó a los matones.

Los hombres volvieron a tapar la boca y los ojos de Junior y lo conducían hasta la salida, cuando el ruso añadió, a modo de despedida:

—Ah, otra cosita. ¡El coche me lo quedo por los perjuicios causados!

El camino de regreso fue más rápido que el de ida. En quince minutos, lo dejaron en la puerta

de su casa visiblemente alterado.

*

Después de varias llamadas sin éxito, Marín consiguió averiguar por uno de sus confidentes habituales, Dionisio Barrionuevo, alias el Peluco, que el tal Melchor trapicheaba con todo tipo de drogas para lograr pagar los gastos de la residencia de su madre. El confidente sabía que en los últimos meses trabajaba para alguien importante, un empresario, pero no conocía su identidad. Marín lo presionó para que hiciera algunas averiguaciones por él.

—Lo haré —prometió—. Pero me debes una. No lo olvides.

—Sí, sí. Tú hazlo —le dijo el agente— y después ya veremos.

Marín tenía claro que el pez gordo del que hablaba el chivato era ni más ni menos que Junior, pero carecía de pruebas. Debía seguir investigando. Tenía la sensación de que aquello era solo la punta del iceberg.

Capítulo VIII

Interrogatorio de Cristina

En comisaría, el equipo del inspector Monsalve trabajaba sin descanso. Había llegado el turno de recibir a Cristina, la esposa de Beltrán Aguirre. Entró en la comisaría a la hora en punto. Caminaba segura, con la cabeza alta y con un movimiento de caderas que a Jimena le pareció excesivo, provocador.

La inspectora la hizo pasar a la sala y la invitó a sentarse al tiempo que le ofrecía un vaso de agua. Cristina aceptó el ofrecimiento de forma educada.

A Jimena le impresionó aquella mujer que lucía unas mechas recién estrenadas en una melena cuidada y peinada con unas marcadas ondas en las puntas, muy a la moda. También sus uñas, con una manicura perfecta y, aunque llevaba unos vaqueros desgastados y una chaqueta informal, saltaba a la vista que todas las prendas eran de carísimos diseñadores españoles. No aparentaba ser una asesina, pero, a estas alturas, ya había aprendido de Andrés Monsalve que no hay que dar nada por sentado ni dejarse engañar por las apariencias.

—Señora Cristina —comenzó Jimena—. me imagino que conocerá usted que su suegro murió de una sobredosis de cocaína.

—Lo sé. Me lo ha dicho mi cuñado.

—¿Sabía usted que llevaba recibiendo anónimos desde hacía algún tiempo?

—¡¿Cómo?! —exclamó extrañada—. No, señora. No sabía nada de anónimos.

—¿Quién podía desear la muerte del señor Aguirre?

—No tengo ni idea, agente —respondió, segura de sí misma.

—Inspectora. Soy inspectora —corrigió Jimena—. Cuénteme cómo cayó en la familia la noticia de la nueva disposición de los bienes de su suegro.

—En principio no muy bien, pero enseguida llegamos a la conclusión de que no iba en serio.

—¿Nadie aceptó como posible su decisión de dejarle prácticamente todo a una persona desconocida para ustedes?

—Mi marido y yo no, y creo que mis cuñados tampoco. Mi suegro era perro ladrador, pero quería a sus hijos. Sería incapaz de dejarlos sin nada.

—Tengo entendido que, sin nada, no. Se habló de un legado en metálico...

—Bueno, sí. Me refiero a dejarlos sin empresas, sin propiedades.

—Pero todavía no se sabe el contenido del testamento.

—Sí que se sabe —respondió sin pensar—. Sus bienes se repartirán a partes iguales entre sus tres hijos.

—¿Y su cuarta hija?

—Supongo que algo heredará si es que es su hija...

—¿Por qué cree que no lo es?

—Porque nadie puede ocultar un secreto así durante veinticinco años. Pero ya se verá. Mi

marido y mis cuñados pedirán una prueba de paternidad.

Aquello no lo había hablado Cristina con nadie, pero era evidente que si querían que se mantuviese el testamento como en un principio fue redactado, era un paso que no debían obviar.

—Lo cierto es que tenemos pruebas de que su suegro sí que redactó otro testamento —dijo Jimena con cautela, lo que llevó a su entrevistada a creer lo que decía.

—¡Imposible! —respondió Cristina, de nuevo sin pensar—. No le dio tiempo a cambiar nada. Murió antes de...

Cristina tomó aire para intentar relajarse. Aquella chica tan joven, con voz suave y buenas maneras, había conseguido que casi metiera la pata.

—Bueno, eso es algo que en unos días se conocerá —apuntó Jimena.

—Pues sí. ¿Hemos terminado? —preguntó—. No quiero faltar a mi clase de pilates.

—De momento, hemos terminado. Ya la llamaremos si necesitamos algo más.

Cristina se levantó lentamente de su asiento, pavoneándose y colocándose bien su pelo. Jimena la observó al salir. Aquella mujer escondía un ser manipulador capaz de cualquier cosa por mantener el elevado nivel de vida que mostraba llevar. De momento no podía ser descartada como sospechosa.

La carpeta que días atrás facilitó Miguel Aguirre a Monsalve contenía un documento dedicado a ella. Monsalve había extraído el dossier del cajón de su mesa para compartirlo con sus compañeros de investigación. Jimena cogió la hoja del dossier y anotó en su bloc de notas los datos que le parecieron relevantes. Sus costumbres, entre las que se indicaba las veces que iba al salón de belleza, a pilates, y al gimnasio, las joyerías que solía visitar y las tiendas en las que solía comprar.

La inspectora dedicó el resto del día a llamar por teléfono y visitar todos y cada uno de los lugares que había anotado. La inspectora descubrió que Cristina era una mujer respetada y admirada allá donde iba. Nadie realizó ningún comentario en contra de ella. No debía nada y era bien recibida debido a las elevadas cantidades de dinero que gastaba en los establecimientos. De momento, el móvil, en su caso, parecía ser su afán de mantener su ritmo de vida.

*

Cristina llamó por teléfono a su marido. Había llegado el momento de prepararlo para su interrogatorio. Si todo iba como hasta ahora, podrían estar tranquilos.

Beltrán escuchó con atención los consejos de su esposa. Sabía que debía repasar en su cabeza las respuestas hasta hacerlas propias. No debía salirse de lo preparado y que era mejor no contestar antes que decir algo que los comprometiera a todos. Para él, algo rutinario. Cristina sugería y él acataba órdenes.

El agente López sería el encargado de interrogar a Beltrán.

Capítulo IX

Interrogatorio de Beltrán y Jennifer

El 28 de diciembre, viernes, estaban previstos los interrogatorios de Beltrán, Jennifer y Elena. Beltrán fue el primero en llegar. No parecía nervioso. Había repetido hasta la saciedad las respuestas sugeridas por su esposa. Tal respuesta por si preguntan tal cosa, tal otra por si preguntan... y si no sabía qué contestar, también tenía una respuesta ensayada. Jugaría bien su papel.

—Buenos días —saludó Beltrán al entrar en la comisaría—, me espera el agente López.

—Pase, enseguida lo aviso.

El agente salió a su encuentro y, después de saludarlo y expresarle cuánto sentía el fallecimiento de su padre, lo acompañó a una de las salas de interrogatorios. Sentados uno frente a otro, López comenzó, como tenía por costumbre, por realizar preguntas sin importancia para relajar el ambiente. Ello propició que Beltrán bajara la guardia y comenzase a responder sin filtros.

—¿Quién cree usted que asesinó a su padre? —le preguntó López, sin medias tintas.

—No lo sé. Nadie de mi familia haría algo así.

—Pero, todos ustedes tenían algo que perder si su padre hubiese cambiado su testamento...

—Mire usted —comenzó a decir con toda sinceridad—, mi situación muy poco habría cambiado. Llevo siendo un don nadie toda mi vida y con más o menos propiedades y dinero seguiría siendo lo mismo.

—¿Por qué dice usted eso?

—Fácil, yo solo aspiro a contentar a mi mujer. Si ella está feliz, todo va bien en casa. Y ella con sus compras, sus amigas, en fin, sus cosas, es feliz.

—Y la decisión de su padre ¿la hacía feliz?

En ese momento, fue consciente de que no había seguido las instrucciones de su esposa y, rápidamente, recuperó el plan trazado.

—No le preocupaba, ni a ella ni a ninguno de nosotros. Mi padre no hubiese sido capaz. No habló en serio. De eso estamos seguros.

López, siguiendo las instrucciones de Jimena le hizo creer que, en realidad, había un testamento donde se recogía esa última voluntad. Pero Beltrán ya había entrado en modo 'respuesta grabada' y dijo:

—Ya se verá. Hasta lo que yo sé, el único testamento válido es el que nos nombra herederos a partes iguales a mí y a mis dos hermanos.

—¿Y Elena?

—Ya veremos si es nuestra hermana o no. Vamos a solicitar una prueba de paternidad.

El agente decidió dejar el interrogatorio ahí. Su larga experiencia le decía que aquel tipo no iba a decir nada más. De todas formas, podría seguir interrogándolo en otra ocasión si fuese necesario.

Mientras, en la sala contigua, Dolores Ramírez comenzaba su sesión frente a una distraída

Jennifer. La agente Ramírez era una persona empática, se le daba bien el trato humano y por esa razón era requerida su intervención en casos delicados. Su aspecto acompañaba a su agradable carácter. Era una mujer de mediana edad que contaba con los cánones de belleza comúnmente aceptados y con una figura de ensueño disimulada por el uniforme policial. Su cara angelical destacaba gracias a un acostumbrado recogido de su pelo en una larga cola de caballo.

Con un tono sereno pero preciso, se dirigió a ella.

—Buenos días, Jennifer —saludó—. Soy la agente Dolores Ramírez y voy a hacerle unas preguntas sobre la muerte de su suegro.

La chica parecía estar en otro lugar. Su apariencia no concordaba con la del resto de la familia. Daba la sensación de descuidar su aspecto. El pelo, teñido con un color que parecía extraído de los mismos limones, carecía de brillo, como si no hubiese sido cepillado en días. Su rostro, a pesar de ser joven, había recibido tratamiento de bótox en labios y pómulos hasta acabar con toda su expresividad. Un exceso de maquillaje y una vestimenta sin gusto acababan por alejar completamente a la mujer de Junior del resto del clan.

—Jennifer, ¿sabe usted quién tenía motivos para asesinar a su suegro?

—No. Mi suegro no era una persona agradable. Conmigo en concreto no tenía buena relación, pero éramos familia...

—¿Recuerda qué pasó la noche del pasado 24 después de la cena?

—Mi suegro nos comentó que iba a compensar a Elena por los años que no había estado en la familia.

—¿Y cómo reaccionaron su marido y sus hermanos?

—Mi marido intentó hablar, pero mi suegro no lo dejó. Después nos fuimos a dormir.

—¿Estuvo su marido con usted toda la noche o salió en algún momento de la habitación?

—Yo subí primero. Él tardó un rato más, pero cuando llegó, no volvió a salir hasta el día siguiente, cuando oímos los gritos de Irene.

—¿Qué hora sería cuando subió?

—No sé, una media hora después que yo, una de la mañana quizá.

—¿Estaba nervioso, disgustado?

—No. Me dio un beso de buenas noches y me dijo que no me preocupara, que todo estaba bien.

—¿Tienen ustedes problemas financieros? De dinero, quiero decir —apostilló Dolores para asegurarse de que la entendiera.

—No. Todo está bien. Los pagos y esas cosas las lleva Junior.

Dolores dedujo que Jennifer era ni más ni menos lo que aparentaba. Se mantenía, o su marido la mantenía, al margen de los asuntos familiares. Si sabía algo más lo disimulaba muy bien.

—Eso es todo —concluyó Dolores, ofreciéndole la mano—. Puede usted marcharse.

—Gracias.

Al salir de comisaría, Jennifer llamó a su marido y le contó la conversación mantenida con la agente Ramírez.

—Muy bien —la felicitó Junior—. Ahora ve y cómprate algo bonito.

*

Los interrogatorios se iban completando sin que el equipo de Monsalve lograra hacerse con una hipótesis de peso sobre cómo ocurrieron los hechos y quién pudiera ser el autor de la muerte de Miguel Aguirre.

Aquella misma tarde, Monsalve esperaba la visita de Elena. Aquella muchacha de aspecto angelical aparentaba ser la inocencia en forma de persona, detalle que a Andrés Monsalve lo ponía en guardia.

Capítulo X

Elena

La tarde se había envuelto en lluvia y una neblina espesa dificultaba la visibilidad.

Andrés Monsalve decidió no salir a comer y pidió que le trajesen un sándwich vegetal de la cafetería de la esquina.

Mientras almorzaba en su despacho, repasaba las notas que había realizado sobre Elena. Había algo en aquella mujer que mantenía en vilo al experimentado detective, pero no sabía qué. Necesitaba averiguar más acerca de su vida anterior, antes de la aparición de su padre. ¡Si hubiera podido preguntar al propio Aguirre! Ahora se lamentaba de no haberle dado importancia a los temores de su compañero de colegio.

Cuando Elena hizo su aparición en comisaría, todas las miradas se centraron en ella. Tan joven, tan bonita... Monsalve la vio distinta a la primera vez, el día de la muerte de su padre. Mirándola a los ojos, supo que no necesitaba prueba de paternidad alguna; sus enormes ojos verdes adornaban su rostro gracias a Miguel Aguirre.

—Siéntese, por favor, y gracias por venir con esta tarde de perros —la invitó Monsalve, retirándole la silla con cortesía ya en la sala de interrogatorios.

Elena se deshizo del chaquetón de plumas azul marino que portaba y, dejando su bolso encima de la mesa, se sentó con relativa calma.

—Ya sabrá por qué la he mandado llamar. Sabemos que su padre no murió por causas naturales.

—Lo sé, inspector —respondió Elena. Lo he oído decir a varios miembros de la familia.

—No le voy a preguntar acerca de si sabía de alguien capaz de quitarle la vida a su padre; entiendo que en unos días uno no conoce a nadie.

—Así es. La primera vez que vi a mis hermanos y a sus familias fue el día 24, después tan solo a ratos y eso porque seguimos en la casa todos.

—¡Ah!, ¿sí? No sabía.

—Yo estoy a la espera de que ustedes me permitan marcharme. Me dijeron que debía esperar hasta ser interrogada y descartarme como sospechosa.

—Cierto. Hasta que no hablemos con todos y tengamos las primeras conclusiones, lo más conveniente es que no abandonen la ciudad.

—Lo entiendo y me gustaría servirles de ayuda, pero...

—No se preocupe. Trataremos de agilizar los trámites lo más posible —le indicó Monsalve—. Lo primero es obtener el certificado de últimas voluntades de su padre. Tengo entendido que Junior se iba a encargar de ello.

—Sí. Eso parece.

—Una vez que lo obtenga, será cuestión de tres o cuatro días conseguir una copia del testamento.

—Lo que sí les he oído decir es que hasta pasados nueve días de su muerte no pueden solicitarlo. ¿Es verdad eso inspector? —preguntó Elena, bastante interesada.

—Sí. Es cierto.

—Entonces, espero que todo se solucione pasada la fiesta de Reyes. Tengo que estar en Oxford el día 8 de enero, a más tardar.

—Por nuestra parte, haremos lo posible —le dijo Monsalve, a modo de promesa—. Y, ahora, cuénteme. ¿Cuándo fue la primera vez que tuvo contacto con su padre?

—Hará unos diez años —respondió la chica—. Pero no sé en qué puede ayudarle eso.

—Todo ayuda. Hasta el detalle más insignificante puede variar el rumbo de la investigación —respondió—. ¿Cómo dio su padre con usted y cómo fue el encuentro?

—Me dijo que había contratado a un detective privado y que le había llevado mucho tiempo localizarme. Al principio, no le voy a mentir, estaba enfurecida. Tenía quince años y había crecido sin padre. Le echaba la culpa de todo.

—¿No le había hablado su madre de él? ¿No le dio alguna versión de por qué no estaba en sus vidas?

—Mi madre, al principio, me mentía. Cuando era pequeña me decía que estaba lejos, trabajando y que algún día volvería. Un día le rogué que me dijera la verdad y me confesó que había tenido una aventura con él y que no había querido saber nada de nosotras.

—Entiendo —asintió el inspector—. Usted, Elena, ¿lo odiaba?

—Hasta que vino a buscarme no, no lo odiaba. Me era indiferente. Después, sí. Las primeras veces que vino a buscarme al instituto, lo insulté. Le dije que no quería saber nada de él, pero no se rendía. Volvía y volvía y suplicaba una oportunidad.

—Y se la dio, entiendo yo... Si no, no estaría aquí ahora.

—No fue exactamente eso. Tenía tanta rabia acumulada que pensé en aprovecharme de su situación, de su dinero y de su complejo de culpa. Así que consentí que me pagara los estudios en una universidad privada, que me abriera una cuenta para mis gastos y así, poco a poco, fue entrando en mi vida y yo cambiando mi opinión sobre él.

—Y entretanto ¿qué pensaba su madre de todo eso?

—Mi madre falleció, inspector. Yo vivía en Marsella con mi tía.

—Vaya, lo siento —interrumpió—. ¿Y su tía? ¿Qué opinaba de la aparición de su padre después de quince años?

—Ella siempre me ha dejado libertad para tomar mis decisiones. Solo me aconsejaba ir con cuidado para no llevarme desengaños.

—Esta pregunta es más comprometida, lo siento —dijo advirtiendo lo que iba a preguntar—, pero no tengo más remedio. ¿Ganaba usted algo con la muerte del señor Aguirre?

—Inspector, soy joven, pero no tonta —soltó—. Yo más bien perdía con la muerte repentina de mi padre. Como usted sabe, si hubiera modificado su testamento, ahora sería yo propietaria de todas sus empresas.

—¿Cómo sabe que no llegó a modificar su testamento y a hacer el traspaso de sus empresas?

—Eso dicen mis hermanos. Y por lo que yo sé, mi padre lo tenía todo preparado para mandarlo firmado a sus abogados después del 25 de diciembre, así que no le habría dado tiempo a hacerlo.

—¿Sabe dónde guardaba su padre esa documentación?

—En su despacho. Él tiene, bueno, tenía, un despacho en casa. Supongo que allí seguirá.

—Gracias Elena. Eso es todo por ahora.

—¿Puedo irme ya?

—Por supuesto. Esteremos en contacto y quizá volvamos a llamarla en los próximos días.

—Está bien. Espero que se solucione todo pronto. Estoy deseando volver a mi vida en Oxford.

Elena abandonó la comisaría y, a pesar del mal tiempo, se dirigió al centro de la ciudad a realizar unas compras y relajarse después del interrogatorio. Aunque no le había resultado incómodo, el solo hecho de estar en comisaría la ponía nerviosa. Cenaría algo por ahí y volvería con la hora justa de ir a su habitación. En estos momentos lo que menos le apetecía era compartir cenas y almuerzos con unos hermanos y familiares que parecían despreciarla.

Capítulo XI

Primeros análisis

Aquellos primeros días de investigación e interrogatorios habían tenido a los agentes enfrascados en sus respectivas tareas y sin apenas relación entre ellos. El momento de exponer en común sus avances no podía esperar más.

En la sala de reuniones, el último día del año, los agentes esperaban hablando de forma distendida. Tanto, que no se dieron cuenta de que Monsalve había comenzado a apuntar y rodear fotografías en una de las pizarras.

—Cuando ustedes quieran —dijo Monsalve elevando la voz.

—Disculpe, jefe —intervino Marín.

—Empecemos —sugirió—. Primero, ¿qué sabemos de Melchor?, nuestra primera víctima.

Marín expuso, de manera ordenada, todo lo que había averiguado, en gran parte, gracias a la intervención del Peluco. No albergaba ninguna duda de que el difunto trabajaba para Junior vendiendo droga y que, tal y como sospechó el inspector Monsalve desde el principio, la escena del crimen no era aquella donde fue encontrado el cuerpo. Había llegado a la conclusión de que no había sido Miguel Aguirre, Junior, el artífice del asesinato. Si Melchor le debía dinero, matarlo habría sido una torpeza, y, es más, de haberlo matado él, no tenía sentido trasladar el cuerpo y arrojarlo en el vestíbulo de entrada del edificio en el que vive.

—Me da en la nariz, jefe, que la muerte de Arenas fue un aviso para Junior.

—Muy bien Marín —lo felicitó Monsalve—. Pero ya sabes que no podemos dar nada por sentado. ¡Quiero pruebas! ¡El tiempo no se detiene y no tenemos nada! —continuó diciendo—. ¡Llama a tu confidente! ¡Queda con él! Si puedo, te acompañaré a verlo.

Marín sabía de antemano cómo iba a reaccionar su jefe. Llevaba trabajando con él muchos años y lo conocía muy bien, así que trataba de anticiparse.

—Ya lo he llamado, jefe. He quedado con él en la puerta de la estación de Atocha.

—Perfecto. Ahora, sigamos. ¿Qué hemos averiguado de los hijos de Miguel Aguirre?

La doctora Martínez fue la primera en intervenir.

—Yo me atrevería a decir que, analizado el perfil de Jennifer, la esposa del hijo mayor, ella no sabe nada. Coincide en cómo transcurrió la velada del día 24 pero, aparte de eso, no tiene ni idea de los entresijos de la familia.

—Esa es la sensación que da —intervino Monsalve—. Usted es la experta en perfiles y tiene mi confianza, pero, ya sabe, no demos nada por hecho. Asegúrese.

—No se preocupe inspector. Seguiré los interrogatorios y las pruebas de cerca a ver si podemos descartarla de forma definitiva.

Uno por uno, fueron escudriñando los interrogatorios y anotando en la pizarra los aspectos más relevantes de los mismos. De momento, no podían descartar ni a Junior ni a Cristina. Con respecto a Beltrán, la mayoría de las opiniones coincidían en que, al igual que Jennifer, no daba el perfil. Vivía influenciado por su mujer y a expensas de los caprichos de esta. Si sabía algo, habría que intentar averiguarlo siendo cautos, pillándolo por sorpresa, sin que Cristina pudiera tener la

oportunidad de manipular sus respuestas.

—¿Y qué pasa con Elena? —preguntó Jimena.

—Perdía más que ganaba con la muerte de su padre —respondió Monsalve—. Ahora bien, me habló de que su padre guardaba en su despacho la documentación del traspaso de las empresas y las indicaciones para reescribir su testamento. Voy para allá a ver qué encuentro. Espero no tener que pedir una orden.

Antes de abandonar la reunión, Monsalve dispuso que los demás continuaran con los interrogatorios.

—¡Jimena! —llamó—. Tú, conmigo. El resto poneos de acuerdo para que terminen cuanto antes los interrogatorios.

Faltaban por pasar por comisaría Marisa y su esposo Juan, así como el matrimonio a cargo de la casa, compuesto por Irene y Julio, y el chófer, Joaquín Barroso. Los cinco habían quedado citados a diferentes horas apenas diez minutos después de que Monsalve y Jimena pusieran rumbo hacia la residencia de Miguel Aguirre.

Al llegar, Monsalve tuvo la sensación de que los estaban esperando. La puerta de acceso comenzó a abrirse permitiéndoles el paso sin que tuvieran que llamar y solicitar la entrada.

—Es por las cámaras —dijo Jimena señalando a una situada frente a ellos.

—Habrá que preguntar si hay un vigilante pendiente del circuito cerrado. Que yo sepa, no hay más empleados que el matrimonio y el chófer.

—Puede ser que haya alguien más, pero no consta.

Aparcaron el coche en la misma puerta y se disponían a llamar al timbre cuando Irene les abrió la puerta.

—Buenas tardes, inspectores. Los he visto llegar. ¿Qué desean?

—Necesitamos acceder al despacho del señor Aguirre —respondió Monsalve—. Debemos comprobar una documentación crucial para la investigación.

—Lo entiendo, pero ninguno de los hijos del señor se encuentra en casa y sin su consentimiento no puedo dejarlos pasar.

—Puedo pedir una orden si eso la deja más tranquila.

Mientras terminaba de sugerir la petición de la orden judicial, Elena llamó a Irene.

—¿Qué pasa Irene? ¿Quién es?

—¿No decía usted que no se encontraba ninguno de los hijos en casa? —preguntó Monsalve a Irene en un tono seco.

—Perdón, no sabía...

—Déjalos pasar —se oyó de fondo a Elena.

Irene abrió la puerta apartándose para dejar libre la entrada.

—¿En qué podemos ayudarlos inspectores? —preguntó Elena.

—Gracias, Elena. Tenemos que comprobar si la documentación de la que hablamos el otro día

se encuentra en el despacho.

Elena condujo a Jimena y a Andrés Monsalve a una habitación al final del pasillo, frente a la biblioteca donde dio su último suspiro el cabeza de familia.

La estancia mantenía el mismo estilo clásico y cuidado que su vecina de enfrente. Ante un ventanal de estilo francés que daba al jardín, la mesa de roble macizo presidía aquella habitación con carácter. Detrás de ella, un acolchado sillón de cuero, con apariencia de cómodo, la complementaba.

Monsalve caminó hasta ella, y moviendo con cuidado hacia atrás el sillón, se colocó de frente, desde la perspectiva que hace escasos días tuviera su compañero Miguel Aguirre.

Todo parecía ordenado. Encima del escritorio solo podía verse un teléfono antiguo de baquelita color negro, un juego de abrecartas y pluma, un listín telefónico y una agenda. Monsalve abrió la agenda de Aguirre. La última anotación era del 26 de diciembre: «Llamar a Urquijo y Asociados».

El detective ojeó las páginas anteriores sin encontrar nada relevante. Después, buscó en el listín de teléfonos el número de Urquijo y Asociados, despacho de abogados que, al parecer, llevaba los asuntos de Miguel, y lo anotó en su libreta de bolsillo.

Abrió los cajones. No encontró nada. Buscó en la habitación algo que indicara la existencia de una caja fuerte; un hombre como Miguel Aguirre debía tener una, no albergaba duda. Solo había dos lugares posibles, detrás de la librería o detrás de alguno de los cuadros que vestían las paredes. Con una ligera búsqueda dio con ella. La caja fuerte se ocultaba detrás de una obra de arte del impresionismo francés. Muy típico —pensó el inspector.

Ahora solo había que abrirla.

—Señorita Elena —la llamó el inspector—. ¿Tiene usted idea de cómo se abre este chisme?

—No, señor. Quizá Junior...

Monsalve intentó girar la manivela de apertura de la caja fuerte, pero no se movió.

—Habrà que preguntar a Junior —dijo Monsalve en voz alta—. Aunque sí Miguel era como yo pienso, debe de haber apuntado la combinación en algún lugar.

Monsalve comenzó a dar vueltas por la habitación con pasos cortos y lentos mientras se acariciaba la barbilla con su mano derecha. Se detuvo de nuevo en la mesa y buscó en la agenda, en el listín de teléfonos y en los cajones, sin éxito. Después se situó frente a la estantería. Los libros aparecían ordenados por orden alfabético.

—Piensa Andrés, piensa —se decía—. No era hombre de utilizar fechas de cumpleaños, o cualquier dato fácil de adivinar... Piensa. A, B, C, D... C de caja fuerte, de clave, de contraseña...

Con el dedo índice de su mano derecha fue señalando los títulos de la librería que comenzaban por C hasta posar su dedo en *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez. Recordó que ese era el libro que leía Miguel la noche en que murió. Alguien lo había devuelto a su sitio. Lo extrajo y, ya en sus manos, lo abrió por su primera página. ¡Eureka! Seis números separados de dos en dos: 13 35 66.

Con el libro en su mano izquierda y la mano derecha sobre la rueda de la caja fuerte, la giró hacia la derecha hasta oír un clic al marcar el número 13. Giró de nuevo la rueda, esta vez hacia la izquierda, hasta encontrar el número 35 y una última vez hacia la derecha hasta marcar el

número 66.

—Y ahora... crucemos los dedos —dijo, con el índice y el corazón entrelazados.

La caja fuerte se abrió dejando ver su interior. Un reloj marca Rolex en su lujoso estuche y las escrituras de las propiedades, pero de la documentación preparada para traspasar sus empresas y redactar su testamento, ni rastro.

Capítulo XII

Secretos bien escondidos

El no haber encontrado la documentación en el despacho de Aguirre podía significar, según el detective Monsalve, dos cosas. Una: que ya la había conseguido enviar a los abogados, lo que sería fácil de constatar; y dos: que alguien se había adelantado y se había apropiado de ella para ocultarla.

Monsalve y Jimena se despidieron de Elena y subieron al coche para volver a la comisaría.

—¡Ha sido Junior! —exclamó Jimena con seguridad.

—Tiene muchas papeletas —respondió Monsalve—. Hasta ahora parece ser el más enterado de los asuntos de su padre.

—Sí, pero...

El teléfono del inspector interrumpió a Jimena.

—Dime, Marín —pidió Monsalve.

—Jefe, voy a ver a Dionisio, el confidente...

—Espérame diez minutos. Vamos para allá y te acompaño. Quiero comprobar qué sabe ese pájaro.

Monsalve dejó a Jimena en la comisaría y subió al coche de Marín para ir en busca del Peluco.

—Refréscame la memoria —pidió Monsalve a su agente—. Dionisio es...

—Claro, jefe, seguro que se acuerda de él. Especialista en robar relojes de marca, de ahí el apodo entre los suyos. Tiene varios juicios pendientes, poca cosa, nunca lo habíamos pillado con mercancía hasta hace seis o siete meses. Delgado, moreno...

—Ya sé quién es. Esperemos que colabore. Más le vale.

En la entrada de la estación de Atocha, multitud de viajeros se arremolinaban coincidiendo las idas y venidas de sus viajes a otros puntos de España, por lo que resultaba difícil localizar a alguien entre tal multitud. Sin embargo, Dionisio destacaba por su aspecto inusual. De compleción débil, casi diminuto, llevaba unas pintas que se distinguían a muchos metros de distancia: un pantalón de chándal negro con una raya vertical amarillo neón, unas zapatillas de lona rojas y un chaquetón de un color azulón intenso.

—¡Por Dios! —exclamó Monsalve—. Parece un semáforo. Es discretito el hombre.

—No pasa desapercibido, no —suscribió Marín.

El agente hizo señas al confidente para que se acercase al vehículo.

—¡Sube! —le ordenó abriendo la puerta del coche.

—¡De eso nada! —respondió el Peluco negando con la cabeza—. ¿Qué quieren, que me vean compartiendo coche con dos maderos? ¡Ni hablar del peluquín!

—No me tontees Dionisio que me bajo y nos paseamos cogidos del brazo por todo Madrid —amenazó Marín.

Dionisio subió al vehículo a regañadientes.

El agente se dirigió hacia un parking subterráneo y situó el coche en un lugar apartado detrás de una columna. Paró el motor y se volvió hacia su invitado.

—Ahora que no nos ve nadie, cuenta lo que has averiguado —exhortó.

—Eso te costará el peluco que llevas puesto...

—¡No me busques las cosquillas, Peluco, que no estoy de humor! —intervino Monsalve dando una palmada fuerte en el salpicadero—. Empieza a cantar que no tenemos todo el día.

—Vale, vaale. No se ponga usted así.

Dionisio relató a los policías lo que había averiguado de Melchor Arenas. El chico trabajaba para Miguel Aguirre vendiendo cocaína. Le confirmó que necesitaba el dinero para su madre enferma. La droga provenía de un cártel ruso afincado en Madrid y con redes en toda España, gente peligrosa. Al parecer, según había oído, la víctima había perdido droga en un atraco en el parque del Retiro. No disponía de recursos suficientes para hacer frente a la pérdida y Miguel Aguirre hijo parecía estar bastante alterado. Lo había amenazado y dado un ultimátum para que reembolsase el coste de la droga perdida. El chico pidió ayuda entre sus conocidos, sin éxito. El capo al frente del cártel hizo llamar a Junior para reclamarle el importe adeudado. Hasta lo que pudo averiguar, este último había prometido pagar lo que debía, con intereses, cuando recibiese la herencia de su padre. Los rusos admitieron la demora tomando su Porsche 911 como garantía.

Aquella información era buena, pero respecto a quién pudo ocasionar la muerte del camello no habían averiguado nada más que vagas sospechas.

—Está bien —dijo Marín—. Sigue alerta a ver si te enteras de algo más.

—De esa gente hay que mantenerse lejos —contestó—. No sería el primero que apareciera con un tiro...

—¿Cómo dices? —lo interrumpió Monsalve.

—Nada. No he dicho nada. Entiendan que no pueda hablar más. Me juego la vida.

Monsalve hizo un gesto a Marín para que lo dejara bajar. Ya habían obtenido toda la información que necesitaban.

—Puedes irte —dijo Marín invitándolo con un gesto con la mano a salir del coche—. Vete, pero no te pierdas.

—Espero que no se olvide esto... por si algún día los necesito... —se despidió Dionisio.

De vuelta a la comisaría, Monsalve llamó por teléfono al despacho de abogados Urquijo y Asociados. Después de identificarse ante la secretaria y dejar claro el objeto de su llamada, consiguió hablar con Iñigo Urquijo, el principal socio del bufete.

—Dígame, inspector. ¿En qué puedo ayudarle? —preguntó el abogado.

—Necesito saber si ha recibido una documentación de Miguel Aguirre.

—Quisiera ayudarle, pero me temo que eso entra dentro de la confidencialidad abogado-cliente.

—Como quiera, letrado. Lo hacemos como usted prefiera. Me ayuda de forma voluntaria, ya

sabe que hablamos de un crimen, o lo solicitó judicialmente. Más tiempo, más trabajo, papeleo, burocracias...

—Está bien. Ya veo por dónde va. Le diré lo que pueda sin vulnerar mi obligación para mi cliente.

El abogado admitió que no habían recibido ningún documento por parte del señor Aguirre. Asimismo, admitió que el documento se encontraba preparado a falta de su firma pero que el mismo día 24 recibió una llamada de su cliente advirtiéndolo de su retraso. Se lo había pensado mejor y quería tomarse unos días para madurar su decisión.

—¿Sabe usted qué le hizo cambiar de idea? —preguntó el detective.

—No exactamente, pero sí hablamos de que esa noche había visto a sus hijos con otros ojos.

—¿Alguna idea de cómo quería actuar con respecto a sus bienes, de su testamento?

—Solo que se lo iba a pensar.

—Por tanto, entiendo que el testamento válido es el que nombra herederos a sus tres hijos...

—Si no hay otro posterior que lo modifique, sí.

—¿Y qué pasaría con Elena?

—Habría que ver los términos exactos en los que está redactado el testamento, pero está claro que tiene su parte como legitimaria.

—¿A qué se refiere con «habría que ver los términos en los que está redactado el testamento»? ¿No redactaron ustedes sus cláusulas?

—No. El testamento se formalizó directamente en una notaría, sin nuestra intervención. A su contenido podremos tener acceso cuando se emita el certificado de últimas voluntades y se solicite a la notaría la expedición de la copia autorizada del mismo.

—Aún faltan unos días. Gracias. Quizá lo vuelva a llamar cuando tengamos esa copia en la mano.

—Será un placer ayudarlo.

Cuando colgó el teléfono, el inspector calculó el día exacto en el que se podía pedir el certificado en el Registro de Últimas Voluntades. Según su calendario, si todo iba bien, el día 3 de enero. A ello había que sumarle un par de días para que la notaría facilitase la copia autorizada.

Por mucho que contaba los días, no adelantaba la fecha a antes del 8 de enero. Si algo caracterizaba a Andrés Monsalve en la resolución de sus casos era la paciencia, su afán meticuloso, el comprobar todas las veces que fuese necesario, pero esta vez le preocupaba Elena. La chica debía marcharse antes de la fiesta de Reyes y lamentaba mucho tener que truncar sus planes.

Capítulo XIII

Marisa

A primera hora de la mañana del 2 de enero, Marisa estaba citada a declarar. De su interrogatorio se encargaría la agente Dolores por su mezcla de asertividad y tacto a la hora de tratar con cierto tipo de personas. La agente Ramírez inspiraba confianza. No debía hacer grandes esfuerzos para que sus interlocutores abrieran su alma.

Marisa llegó a la comisaría puntual y acompañada de su esposo, Juan. Este también había sido citado para ser interrogado, pero habían procurado no hacer coincidir su interrogatorio con el de su mujer. Tenían la sospecha de que ella estaba muy influenciada por él y querían evitar a toda costa esas injerencias.

Al verlos entrar juntos, a Dolores le cambió la expresión de su cara. Procuró disimular su contrariedad y, como era habitual en ella, extrajo fuerza para dominar la situación.

—Buenos días —saludó tendiendo la mano a ambos—. Pasen por aquí —indicó cediéndoles el paso.

Juan llevaba a su mujer cogida por su brazo derecho, dirigiendo sus pasos y, ella se dejaba llevar. Al llegar a la sala de interrogatorios, Dolores abrió la puerta dejando ver el escaso mobiliario de la estancia.

—Muy bien, empecemos por Marisa. Mientras tanto, usted —dijo, dirigiéndose a Juan— puede esperar aquí a que terminemos o puedo ver si hay algún agente libre que le tome declaración.

—O puedo entrar con mi esposa, que es lo que he venido a hacer —respondió Juan, airado.

—Cuánto lo siento. Me temo que esto no funciona así. Salvo que su esposa requiriese la presencia de un abogado, nadie puede acompañarla en el interrogatorio.

Juan se alteró al oír aquello y comenzó a elevar la voz para atraer la atención de cualquiera que estuviese cerca.

—¡Mi esposa me necesita! —gritaba.

Al oír el alboroto provocado por Juan, totalmente fuera de sí, el agente López le puso el brazo por encima de sus hombros mientras le susurraba:

—No hay por qué ponerse así, hombre. Es solo una entrevista rutinaria, nada serio. Vamos a tomar un poco el aire y verá que enseguida está con usted.

Agarrado todavía por uno de sus brazos, Juan abandonó la comisaría acompañado del agente López.

Mientras tanto, Dolores intentaba calmar a Marisa, que había roto a llorar sin consuelo.

—Tranquila —le decía acariciando su mano—. Aquí está a salvo. Le prometo que lo que usted me diga no saldrá de esta habitación.

Entre sollozo y sollozo, Marisa intentaba emitir palabras que sonaban entrecortadas.

—No... No pue... No puedo más...

—Desahóguese, mujer. Estoy aquí para ayudarla.

Poco a poco, Marisa se fue recuperando y hasta poder hablar con claridad. Dolores no hizo ninguna pregunta a la espera de que ella dejase fluir lo que había estado soportando durante quién sabe cuánto tiempo.

La señora admitió estar al borde de cometer una locura. La situación se había vuelto insostenible. Desde que contrajo matrimonio, admitió sentirse controlada, sin libertad de movimiento e incluso de pensamiento. Su esposo alegaba que le procuraba una vida cómoda y feliz, sin la necesidad de trabajar y de atender obligaciones que la pudieran hacer sentir estresada. La quería, le repetía, y la colmaba de regalos caros con los que ella se sentía cada vez más prisionera, más insignificante, más débil. Había llegado hasta tal punto que deseaba, con todas sus fuerzas, obtener dinero para poder huir lejos, donde nadie, ni siquiera sus hermanos, pudieran encontrarla nunca. Allí donde fuese comenzaría una nueva vida, buscaría un trabajo que la hiciese sentirse útil y se dedicaría a curar sus heridas, que, si bien no eran lesiones físicas, dolían tanto o más, pues se alojaban en el alma.

Dolores escuchaba sin moverse, por miedo a interrumpir aquel relato estremecedor. Cuando hubo terminado, Marisa rogó que nada de aquello trascendiese. Tenía miedo de que Juan fuese consciente de lo que pretendía e intentase evitarlo. Estaba decidida. Y aunque lamentaba la muerte de su padre, contaba los días para hacerse con su herencia, su tabla de salvación.

—Nada de lo que me ha contado se hará público. No se preocupe —prometió Dolores—. Pero ahora necesito que responda a unas preguntas.

—¿También entre usted y yo?

—Y mis compañeros.

—Tengo miedo...

—Lo sé. Si algo de lo que me diga nos ayuda en la investigación y pudiera perjudicarla, buscaremos la forma de corroborarlo por otra vía para evitar utilizar su declaración.

—Eso no me ofrece ninguna garantía —dijo abiertamente Marisa.

—Cuánto antes cerremos el caso, antes podrá usted llevar a cabo lo que se propone.

Marisa asintió con la cabeza, dispuesta a colaborar.

Su relato de lo acontecido la noche del 24 de diciembre coincidía con lo expresado por los demás interrogados. Marisa admitió incluso que, cuando su padre manifestó su deseo de compensar a la recién llegada Elena, sintió rabia, casi ira. Elena, una niña pija, una perfecta desconocida, había conquistado el corazón de su padre, algo que ella en toda su vida logrado. En numerosas ocasiones, pretendió que su padre la ayudara a salir de aquella jaula en la que se encontraba encerrada. Y él, sin darle importancia, sugería que hablase con Juan. «No soy quién para inmiscuirme en asuntos íntimos de vuestro matrimonio», solía decir.

Admitió que, en ese momento de desesperación, se le pasó por la cabeza que, si su padre moría antes de firmar los documentos, estarían todos a salvo, pero en realidad no lo pensaba. Fue solo un instante en el que su razón se vio cegada por la impotencia sentida.

—Volviendo a su marido —continuó Dolores—, tenemos conocimiento de que es un jugador empedernido y que pierde grandes sumas de dinero en el póker.

—Juega todos los jueves y noto cuando pierde porque llega a casa de mal humor y soltando

por su boca una barbaridad tras otra.

—¿Qué tipo de barbaridad?

—Cosas como que está mal pagado en la empresa, que necesita estar mejor considerado, ganar más dinero... Cuando se pone así, no hay quien le quite de la cabeza que debería dirigir una de las empresas de mi padre.

—Entiendo. Entiendo —repitió—. Entonces supongo que reaccionaría mal al enterarse de que las empresas pasarían todas a manos de Elena.

—Delante de mis hermanos, actúa de manera diferente, dice mantenerse al margen, aceptar lo que los hermanos acordemos, pero cuando no están no para de insistirme para que reclame lo que me pertenece.

—¿Estuvo su marido con usted toda la noche o en algún momento salió de su habitación?

—Subió conmigo. Estaba conmigo cuando Junior vino a verme. Después yo tomé una píldora para dormir y desperté al día siguiente al oír los gritos de Irene.

—Entonces, no puede asegurarlo.

—No. No puedo. Pero no lo veo capaz de matar a nadie, si es eso lo que está pensando. Él siempre procura que otros sean los que le saquen las castañas del fuego.

La agente Ramírez tenía suficiente. Dejó que Marisa tomase aire y se preparase para salir de la seguridad de aquella sala a la realidad que la esperaba fuera. Juan, al verla salir, corrió hacia ella.

—¿Estás bien, cariño? ¿Ha ido todo bien?

—Sí, no te preocupes. Estoy perfectamente.

Se disponían a salir cuando López llamó la atención de Juan.

—Ya que está usted aquí, tenemos pendiente su declaración.

—Será en otro momento —respondió con evidente brusquedad—. Ahora debo llevar a mi mujer a casa. Ha sido un día duro.

Capítulo XIV

Juan

Juan acompañó a Marisa a casa y se aseguró de que permaneciese allí hasta la hora de recoger a la niña de casa de los abuelos paternos. Le encendió la televisión y le preparó una infusión caliente acompañada de unas galletas de mantequilla cubiertas de chocolate. La besó en la frente y salió de casa con el pretexto de atender cuestiones urgentes en el trabajo.

Ya en la calle, llamó a Junior.

—Acabo de dejar a tu hermana en casa. No te puedo decir nada porque no me han dejado estar presente. He insistido, pero no ha habido manera.

—No te agobies —le calmó Junior—. Ya te he dicho muchas veces que ella no es nuestra preocupación.

—Pero, ¿y si ha dicho algo indebido?

—No ha podido decir nada porque no sabe nada, a menos que tú...

—No. Yo no le he contado nada.

—Pues entonces, tranquilo. Cíñete a lo acordado y preocúpate de tu declaración. El resto déjame a mí y todo irá bien. Mañana iré al Registro a pedir el certificado. Es cuestión de días.

—Está bien.

Juan decidió tomar un café en el bar de la esquina, un local con poca luz y en apariencia descuidado que acogía con regularidad a jubilados cuya ocupación principal era jugar al dominó o a las cartas. Allí acudía cuando quería relajarse o pasar el rato echando una partida con aquellos amables desocupados, siempre que hubiese dinero de por medio, por descontado. Sin embargo, aquel día no podía pararse a jugar. Tenía que ir a la comisaría y cuanto antes lo hiciera, mejor para su tranquilidad.

Ya en las dependencias policiales, solicitó que fuera el agente López el que lo interrogara. Al fin y al cabo, había sido él quien se había preocupado de su bienestar cuando se descontroló aquella mañana. Lo consideraba un buen policía, amable y cercano.

López salió a su encuentro y lo invitó a pasar a la misma sala de interrogatorios en la que, unas horas antes, había comparecido su esposa.

Se acomodaron uno frente a otro. Una mesa de madera en tono claro, bastante maltratada por el tiempo, se interponía entre ellos.

—¿Más tranquilo? —rompió el hielo López.

—Sí. Perdona, agente. No sé qué me ha pasado esta mañana.

—Nada, hombre. Los nervios nos pueden traicionar a cualquiera. Y ahora, cuénteme. ¿Qué pasó la noche del 24 de diciembre en casa de los Aguirre?

Juan comenzó a relatar lo que ocurrió aquella noche, deteniéndose en el momento en que su suegro manifestó su deseo de modificar su testamento en favor de su recién llegada hija Elena.

—Injusto, ¿no? —dijo el agente, provocador.

—Yo ahí no me meto, agente —respondió Juan, haciendo un esfuerzo por reprimir la verdad

—. En las cosas de mi mujer y sus hermanos, yo no tengo nada que decir.

—Entiendo. Pero, si su mujer hereda más o menos bienes le afecta a usted también, ¿no?

—A mí lo único que me importa es conservar mi trabajo.

—A eso me refiero. En caso de que las empresas pasasen a manos de Elena...

—¡Eso no va a pasar! —dijo Juan perdiendo los nervios—. Mi cuñado no lo consentirá.

—¿A qué cuñado se refiere? ¿A Junior?

Juan guardó silencio. Se había dejado llevar por su carácter impetuoso. Después de unos segundos de silencio que parecieron eternos, López volvió a la carga.

—O sea —siguió inquiriendo el agente López—, que Junior lo tiene todo controlado...

De nuevo, silencio.

—A ver si de esto sabemos más —insistía López—. Si la herencia se retrasa, ¿cómo piensa hacer frente a sus deudas de juego?

—¿Qué le ha dicho mi mujer?! —preguntó enfurecido y levantándose de su asiento—. Esa...

—Alto, alto —interrumpió López—. Aquí su mujer no tiene nada que ver.

—Entonces, ¿quién le ha dicho que juego? Sabía yo que...

—Vamos a tranquilizarnos, que no van por ahí los tiros —insistía el agente.

Pero Juan había dejado escapar la fiera que llevaba dentro. Comenzó a dar golpes en la mesa, a moverse violentamente y a emitir insultos sin sentido.

López abrió la puerta y pidió ayuda. Dos agentes uniformados acudieron raudos a la sala de interrogatorios. Uno de ellos lo sujetó mientras otro introducía sus manos en unas flamantes esposas que minutos antes colgaban de su cinturón.

—¡¡Suéltense!! —gritaba.

Al oír el escándalo, Monsalve acudió al lugar de donde procedían los gritos.

—¿Qué pasa? ¿Qué escándalo es este? —intervino, mirando fijamente a Juan.

López explicó el origen de tal alboroto al detective.

—¡Quítenle las esposas! —ordenó—. El señor Juan se va a tranquilizar —añadió con voz suave, mientras lo ayudaba a sentarse.

Aunque la voz de Monsalve sonaba tranquilizadora, sus movimientos y su mirada advertían de las consecuencias de no hacerlo. Juan abandonó su bravuconería y respiró profundo, una y otra vez, hasta que recuperó el aliento.

—Y ahora, a ver si podemos hablar como gente civilizada —intervino, firme, el inspector—. Continúe López. Estoy seguro que no volverá a suceder.

López le enseñó una parte del folio manuscrito por Miguel Aguirre en el que se podía leer: «Mi yerno Juan es aficionado al juego desde hace tiempo. Sus partidas de póker le han llevado a perder importantes sumas de dinero. Mi hija Marisa ha sido advertida de que, por mi parte, no voy a resolver sus problemas ni saldar deuda alguna...». El párrafo continuaba, pero lo siguiente

aparecía convenientemente ocultado por la mano derecha de López.

—Ahí tiene su fuente —le desveló Monsalve.

—¡Maldito hijo de...!

Pero los agentes no lo dejaron hablar más. Levantándose de un salto, López invitó a Juan a salir de la sala, dando por terminado el interrogatorio. Mientras, la doctora Martínez tomaba nota de todo lo registrado en las entrevistas para obtener un perfil lo más ajustado posible a cada uno de los investigados.

Capítulo XV

Alianzas

En la familia Aguirre se respiraba un clima de intranquilidad. Aunque trataban por todos los medios de disimularlo, los nervios traicionaban a sus miembros en cada vez más ocasiones. Juan y Marisa hacía días que habían vuelto a su propia casa, quizá por el afán de él por mantener a su esposa lejos de disgustos, según decía. El resto seguía en la casa familiar a la espera de obtener noticias definitivas.

Después de almorzar juntos en el comedor familiar, se fueron retirando, unos a la sala de estar, otros a sus quehaceres y Junior a la biblioteca. Ya no había nadie que le hiciera sentir incómodo por sentarse frente al fuego. Ya no era de uso exclusivo de su progenitor. Sentado en el mismo sillón en que unos días atrás encontraron a su padre sin vida, Junior repasaba mentalmente lo acontecido desde aquel momento. Inmerso en sus pensamientos, no se percató de la llegada de su cuñada.

—¡Junior! —lo llamó Cristina—. ¿Algún problema?

—¿Aparte de los que ya tenemos? No, ninguno. Mañana iré a solicitar el certificado de últimas voluntades y, en cuanto lo tenga en mi mano, pediré la copia del testamento.

—Bien. Esto se está haciendo cuesta arriba.

—Y tú, ¿has conseguido ya los dichosos documentos?

—Estoy en ello, pero, ya sabes. Tengo que buscar el momento. Beltrán está ahora muy pendiente de lo que hago.

—Espero que lo tengas todo controlado. No me gustaría que se nos escapara de las manos.

—Tranquilo. Esta tarde mismo lo resuelvo.

—Eso espero, por nuestro bien.

Cristina dejó a Junior en la biblioteca y se dirigió a su habitación. Quería comprobar si su marido seguía en la casa o había salido. En las tardes de aquellos días de Navidad y hasta después de la fiesta de Reyes no debían ir a la oficina, por lo que Cristina tenía que dar explicaciones de todos sus movimientos a Beltrán. Al entrar en la habitación, comprobó que su esposo se había tumbado en la cama y parecía dormido. Despacio, volvió sobre sus pasos intentando no ser vista.

—¡Cristina! —la llamó Beltrán—. ¿Qué haces? ¿Te vas?

—Sí —respondió en voz baja—. Sigue durmiendo. Voy a hacer unas compras. Volveré pronto.

—Espera, te acompañó —le sugirió.

—No, no puedes cariño. Son regalos de Reyes... ya sabes.

—Ah, vale. Entonces te espero aquí y descanso un poco mientras tanto, estoy agotado.

Acomodada en su coche, un Mercedes Clase A, flamante, color negro, Cristina situó su teléfono móvil cerca de su boca y envió una nota de voz vía WhatsApp: «Te espero donde siempre. Urgente». El receptor del mensaje respondió con un escueto: «OK».

Veinte minutos más tarde, Cristina se encontraba aparcando su vehículo, fuera del alcance de miradas curiosas, en el parking de un hotel de carretera llamado La Pausa. El establecimiento era

un motel típico de los de su clase. Modesto y diseñado para albergar aquel tipo de huéspedes que no desean ser vistos o dejar rastro de su estancia.

Desde hacía unos meses, la coqueta Cristina mantenía una aventura con el chófer de su suegro, Joaquín Barroso. Lo que comenzó como un idilio pasional, se había convertido en una alianza en la que las dos partes querían sacar partido.

Aquel motel no requería realizar reserva, por lo que, después de recoger la llave, Cristina subió a la habitación 63 y se acomodó hasta que llegó Joaquín.

Dos toques en la puerta era la señal acordada. Cristina abrió justo cuando sonó el segundo de los discretos golpes. Estaba impaciente.

—Aquí estoy —dijo el chófer nada más entrar en la habitación—. ¿A qué se debe la urgencia?

—Ganas de verte —respondió Cristina, coqueteando a la vez que jugaba con la corbata de su acompañante.

—¿Solo eso? Mira que te conozco, Cristina.

—Eso y que, bueno... ¿Has traído los documentos de mi suegro?

—Jajaja. ¿Me tomas por tonto? Esa es la garantía de que no me dejéis tirado tu cuñadito y tú.

—¿Cómo puedes pensar eso? Estamos todos en el mismo barco.

—Os los daré cuando cobre mi parte. No hay nada que negociar.

—No sé si a Junior le va a gustar eso...

—¡Me importa poco si le gusta o no a Junior! —explotó Joaquín.

—Pues debería importarte si quieres conservar tu empleo —interrumpió Cristina.

—Cuando me paguéis lo acordado seré yo el que pensaré si seguir trabajando para vosotros.

—No te reconozco. ¿Es que no me quieres?

—Lo mismo que tú a mí. Pasamos buenos ratos, nos entendemos en la cama, pero ni tú vas a dejar a tu marido ni yo a mi mujer.

Cristina comenzó a gemir como si le hubiesen herido las palabras de su amante. Se aproximó a él y, cogiéndolo por las dos manos, le dijo:

—Dime al menos que no nos traicionarás.

—Como tú has dicho, estamos en el mismo barco.

—Bueno, al menos dime qué pone en los documentos y si los llegó a firmar.

—Sí. Los documentos de cesión de las empresas están firmados, pero también hay algo extraño...

—¿Qué? ¡Suéltalo ya!

—He encontrado la factura de una notaría. Es por la redacción de un testamento abierto de fecha 20 de diciembre de este año. ¿No te parece raro?

—Sí, muy raro. De eso no nos dijo nada en Navidad...

—A lo mejor lo que hemos hecho no sirve para nada. En fin, pronto lo sabremos. Y ahora...

ven aquí, vamos a aprovechar la habitación como tú y yo sabemos —susurró Joaquín mientras la conducía de la mano hacia la cama.

Después de hacer el amor, Cristina volvió a subir en su coche y emprendió la vuelta a casa de los Aguirre, no sin antes parar a comprar varios regalos improvisados.

Capítulo XVI

Joaquín Barroso

En la comisaría, esperaban la aparición de los empleados de Miguel Aguirre para ser interrogados. Eran los últimos y, con sus declaraciones, cerrarían lo que llamaban primera ronda de interrogatorios.

El primer citado era el chófer, el señor Joaquín Barroso. Aunque no vivía en la casa, permanecía en ella durante varias horas al día. Hasta la fecha, nadie les había hablado de que hubiera hecho aparición el día 24 por la noche. De todas formas, Monsalve quería que todo fuese comprobado.

De él habían averiguado que llevaba trabajando en la empresa desde hacía muchos años, al menos diez o doce. Casado, con familia, carecía de antecedentes, ni siquiera una multa de tráfico. Era la persona que más tiempo pasaba con la víctima.

Transcurrida media hora desde su cita en la comisaría para declarar, Joaquín Barroso no había aparecido ni llamado para avisar de su retraso. Aunque a los agentes les pareció extraño, dejaron correr una hora más, hasta que comprendieron que aquella situación no era normal. Fue Monsalve quien ordenó que lo llamasen por teléfono e intentasen por todos los medios localizarlo.

El teléfono móvil del chófer daba señal, pero al quinto tono se activaba el buzón de voz. Mientras para la mayoría de los agentes aquello no iba más allá de un desplante por parte del citado, a Monsalve, viejo zorro, aquello lo hacía sentirse inquieto.

—Junior quizá sepa dónde está o nos pueda dar su dirección. En fin, algo para localizarlo —intervino el inspector Andrés Monsalve—. ¡Encuentren a ese hombre!

Gracias a la información aportada por Junior, los agentes se dirigieron al domicilio del chófer. Al llegar, la agente Dolores tomó la palabra.

—Buenas tardes, señora —saludó—. Nos gustaría hablar con su marido.

—No está en casa —respondió la mujer, un tanto preocupada—. Debería haber pasado por aquí y lo he llamado, pero nada. No logro localizarlo.

—¿Tiene alguna idea de dónde puede estar?

—Ninguna. Debería haber llegado ya. Si se retrasa por algo me llama. ¿Creen ustedes que le ha pasado algo?

—Tenía que haber ido a la comisaría hace un par de horas, pero no se preocupe. No será nada.

—Si lo localizan díganle que me llame, por favor.

—Sí. Lo mismo le digo. Si aparece por aquí, que llame a la comisaría de policía.

—Lo haré. Gracias, agentes.

Al mismo tiempo que subían al vehículo policial para regresar a la comisaría, recibían un aviso por radio: Joaquín Barroso había sido encontrado muerto en un hotel de carretera.

Al lugar del crimen llegaron Monsalve y Jimena acompañados del agente López. El recepcionista no pudo facilitar ningún dato fiable. Recordaba haberlo visto subir. No era la primera vez que se dejaba ver por allí. Declaró que no estaba solo, una señora de mediana edad muy bien arreglada lo acompañaba habitualmente. Aquel día la señora llegó antes que él, solicitó

la llave de la habitación y esperó arriba. Diez minutos más tarde llegó el hombre. Monsalve pidió el registro de aquel día, pero... los nombres que constaban apuntados nada tenían que ver con los nombres reales de los huéspedes.

—Los encuentros con esa mujer..., bueno ya sabéis —comenzó diciendo Monsalve—. Infidelidades.

—Eso parece —apoyó Jimena.

—¿Ha visto entrar o salir a alguien más de la habitación? —preguntó Monsalve al recepcionista.

—Mi trabajo requiere discreción. Yo les doy las llaves, les cobro y procuro no inmescuirme en lo que hacen. La habitación está en el segundo piso. Y mire, agente, la recepción se encuentra apartada de la entrada. No vi entrar ni salir a nadie.

—¿Cómo descubrió usted entonces el cadáver? Porque fue usted quien nos llamó, ¿no?

—Sí. Yo los llamé. Un cliente me indicó que oyó algo raro y que al salir vio la puerta abierta. Subí a echar un ojo y me lo encontré allí, tendido en el suelo con un puñal en el pecho.

El recepcionista se mostraba visiblemente afectado. De vez en cuando tapaba sus ojos con sus manos y se cogía la cabeza moviéndola de lado a lado. Al subir a la habitación todo permanecía tal y como había explicado el empleado. Joaquín Barroso se encontraba boca arriba, totalmente vestido, incluso llevaba el abrigo puesto.

—Parece ser que se disponía a salir... —señaló Monsalve.

Acercándose al cuerpo, el inspector observó que no era un puñal lo que se hundía en su pecho. Extrajo sus gafas de cerca de uno de sus bolsillos y escrutó con atención. Allí estaba el arma, un abrecartas, o, mejor dicho, el abrecartas. Monsalve estaba seguro de que se trataba del abrecartas del despacho de Miguel Aguirre.

—¡López! —llamó—. Ocúpate de tomar fotos y huellas y en cuanto venga el juez y el médico forense, embolsa el arma del crimen.

—Eso está hecho, jefe —respondió López.

—Y tú, Jimena, que no se nos escape nada. Vamos a peinar la habitación. Busca papeles, documentos...

—Andrés —comenzó a decir Jimena—. Creo que no encontraremos nada. Ha venido por un tema romántico, no podía sospechar que lo sorprendería la muerte.

—Pues hay que averiguar con quién estuvo. Enséñale al recepcionista una foto de todas las damas de la familia Aguirre a ver si reconoce a alguna.

Después de revisar de forma concienzuda la habitación del motel, Jimena bajó tratar de localizar, con ayuda del recepcionista, la mujer que se veía a escondidas con la víctima. El trabajador del hotel parecía más calmado y Jimena pudo enseñarle las fotos que guardaba en su teléfono móvil.

—Tómese su tiempo. Es muy importante que se fije bien y nos diga si reconoce a alguien.

Jimena le mostró la foto de Elena sin que el muchacho hiciera ningún gesto. Fue pasando hasta llegar a la de Marisa y tampoco. Después la de Cristina y, tampoco, ninguna reacción.

—Perdone, perdone. ¿Puede enseñarme la de antes?

Jimena pasó la punta de su dedo índice moviéndolo en sentido contrario para parar en la foto de Cristina.

—¡Esa es! ¡Esa es!

—¿Está usted seguro?

—Segurísimo. Esa es la mujer que ha venido esta tarde a eso de las cuatro y media.

—Tendrá usted que pasarse por la comisaría para firmar una declaración.

—¡Por Dios! No quiero líos...

—No los tiene por qué tener.

Mientras tanto, Monsalve había llamado a Elena por teléfono para solicitarle que fuera al despacho de su padre y mirase encima de su mesa.

—¿Qué hay encima de la mesa? —le preguntó.

—Un teléfono, una guía telefónica y una agenda.

—¿Nada más?

—El juego de escritura de mi padre, pero falta el abrecartas.

—Gracias, señorita Elena. Es todo lo que necesitaba saber.

Después del levantamiento del cadáver, los agentes abandonaron el lugar. Era hora de volver a llamar a Cristina y pedirle una explicación sobre aquellos encuentros y qué tenía que decir de la muerte del que, ya no cabía duda, era su amante.

Capítulo XVII

Confesión de Cristina

Se aproximaban las ocho de la tarde cuando Cristina hacía entrada, con sendas esposas en sus muñecas, en la comisaría. Ante la imposibilidad de que acompañara a los agentes de buen grado, Marín no había tenido más remedio que esposarla para evitar que agrediera a alguien. Su esposo, Beltrán Aguirre, trataba de tranquilizarla sin éxito.

Una vez la sentaron en la sala de interrogatorios, entró Monsalve. La expresión de su cara y el tono de su voz consiguieron que la mujer optara por calmarse.

Monsalve decidió llevar el interrogatorio solo. Pidió a la doctora Martínez que observara detrás del cristal. Necesitaría su opinión después. Detrás de aquella mampara, López, Marín y Jimena tampoco se perdían detalle de la declaración.

—Dígame —arrancó Monsalve sin pestañear—, ¿qué hacía usted esta tarde a las cuatro en el motel La Pausa?

La tez de Cristina, bronceada por unas sesiones de rayos uva, se tornó blanca como la pared de la sala de interrogatorios.

—¿Cómo? ¿Cómo...? —titubeó

—Muy fácil, doña Cristina. Sabemos que se veía usted allí con Joaquín Barroso, el chófer de la familia.

La palidez que reflejaba su rostro se vio de pronto acompañada por movimientos incontrolados; su pierna derecha comenzó a subir y bajar de forma continuada y sus manos unidas entre sí no paraban de moverse. Monsalve insistió.

—Es cuestión de tiempo que sepamos lo ocurrido. Si usted no habla, las pruebas lo harán.

—¿Qué pruebas? ¿A qué pruebas se refiere? —replicó, a punto de romper a llorar.

—Las huellas dactilares del abrecartas...

—¡No! —interrumpió llorando—. ¡No sé de qué me está usted hablando!

—Joaquín Barroso ha sido encontrado muerto hoy en el hotel La Pausa, un local que hemos comprobado que ha visitado usted esta tarde en compañía de la víctima.

Cristina, profundamente afectada por lo que oía, se encontró atrapada. No podía seguir fingiendo más.

—Está bien —dijo—. Voy a contarles todo lo que quieren saber.

Cristina admitió verse a escondidas con el chófer de los Aguirre. Su marido no sospechaba nada o, al menos, eso creía ella. El que sí estaba al tanto de todo era su cuñado Junior. Hacía un par de meses los sorprendió al despedirse con un apasionado beso en los labios cuando el chófer la condujo hasta la esquina de su domicilio. Junior se dirigía allí para hablar con su hermano y se encontró con la escena. Hasta ahora le había guardado el secreto.

Después de la muerte de Miguel Aguirre, el chófer confesó a Cristina que tenía en su poder los documentos de los que todo el mundo hablaba.

—¿Por qué guardaba el señor Barroso los documentos? —inquirió Monsalve.

—Joaquín me dijo que mi suegro se los dio. Los debía guardar hasta que recibiera instrucciones de qué hacer con ellos. Al parecer, esos documentos contenían la cesión de las empresas a Elena y Joaquín sería el encargado de hacérselos llevar a los abogados de mi suegro.

—¿Por eso lo ha matado? ¿Para conseguir esos documentos?

—¡No! —gritó—. ¡Yo no he matado a nadie! Me vi con él, sí, esta tarde. Intenté convencerlo para que me los diera, pero no los llevaba encima.

—¿Sabe usted dónde pueden estar esos documentos?

—No lo sé, inspector. Le estoy diciendo la verdad. Junior me pidió que los consiguiera, pero Joaquín no era tonto. Quería que le pagásemos.

—¿Por qué habrían de pagarle ustedes?

—Nos amenazó. Me dijo que esos documentos harían que perdiésemos todas las propiedades y que no nos convenía que los sacara a la luz. Pero si los destruía, nosotros heredaríamos todo y él recibiría una cuantiosa gratificación.

—Pero no los destruyó....

—No. Me dijo que esa era su garantía de obtener su parte. Ya me los daría cuando acabase todo el tema de la herencia.

—De todo eso también estará enterado Junior, ¿me equivoco?

—No, señor. No se equivoca —respondió con prontitud y sin dejar de gemir.

—Y el resto de la familia ¿qué sabe de todo esto?

—Nada. No saben nada. Que yo sepa, esto solo lo sabemos Junior y yo.

—¿Mataron ustedes a Miguel Aguirre?

Cristina comenzó a gritar desesperada. Lloraba y negaba haber matado a nadie. El inspector Monsalve introdujo una llave en la cerradura de las esposas y la dejó libre.

—Puede usted marcharse. La volveremos a llamar cuando tengamos los resultados del laboratorio —concluyó Monsalve.

Cristina salió tambaleándose, como si sus piernas se negaran a mantenerla erguida. La mujer altiva, orgullosa y segura, abandonaba el lugar devastada. Su marido, Beltrán, la esperaba y, ayudándola a ponerse el abrigo, la abrazó contra su pecho mientras le susurraba al oído: «Saldremos de esta. No te dejaré sola».

Capítulo XVIII

Irene y Julio

El matrimonio encargado de la casa de los Aguirre, formado por Irene y Julio, también había sido citado a declarar. Eran los últimos. Las pizarras se iban completando, así como los informes de los perfiles que, con suma profesionalidad, elaboraba la doctora Martínez.

Del interrogatorio de Irene se encargaría Marín.

—Pase usted —la invitó, señalando la sala la mano abierta—. Póngase cómoda.

Irene dejó su abrigo en el respaldo de la silla y tomó asiento donde le indicó el agente. Se mostraba algo inquieta, revolviéndose en la silla como si no encontrase la postura idónea, tanto que Marín la tranquilizó.

—Tranquila —le calmó Marín—. Terminaremos enseguida.

—No tengo costumbre de venir a estos sitios.

—Lo entiendo.

La señora Irene vestía un traje de chaqueta y falda azul marino elegantes. Su aspecto difería bastante del que presentaba la primera vez que el agente la vio, el día de la muerte del señor Aguirre. Aunque debía de tener cincuenta y muchos años, su rostro dejaba ver la belleza que debió de poseer en su juventud. No podía decirse lo mismo de su cuerpo, redondeado por el paso de los años, sin curvas, y con un exceso de peso que no acompañaba lo que transmitía su manera de vestir y expresarse. Si había tenido un cuerpo bonito, poco quedaba de ello. Pero lo que llamaba la atención a Marín era que su manera de desenvolverse, de hablar, sus gestos, no eran los que los prejuicios relacionan con una guardesa.

—Doña Irene, dígame, ¿qué sabe usted de los anónimos recibidos por el señor Aguirre?

—Pues eso. Que estuvo recibiendo anónimos con palabras recortadas de periódicos.

—¿Tiene usted idea de quién podía querer asustar y amenazar al señor?

—No, señor. Ni idea.

—¿Quién tiene llave de la casa además de usted?

—Mi marido, Junior, Beltrán y Marisa, es decir, sus hijos.

—¿Pudo entrar alguno en la casa sin que lo vieran ustedes?

—La casa es muy grande, como pudo usted comprobar. Supongo que sí.

—Pero los anónimos los recibía a diario... ¿En ningún momento vio usted entrar a alguien?

—No, señor. Ya le digo que no. Si estoy en la cocina recogiendo lo del almuerzo...

—¿Cuándo comenzaron a trabajar ustedes en casa de Miguel Aguirre?

—Hace unos diez años.

—Entonces, conocerá bien a la familia.

—Sí. Bastante bien.

—¿Pudo alguno haber asesinado a su padre?

—¡No, por Dios, no! Son algo especiales y la relación con su padre no era muy buena, pero no, señor. No lo creo.

—Pues si usted no ha observado nada fuera de lo normal y ninguno de ellos ha sido, ya me dirá usted quién ha cometido el crimen...

—No sé, agente. Ese es su trabajo —respondió de forma airada.

—Aquella noche tampoco oyó ni vio nada...

—Ya le he dicho que no. Me fui a dormir después de llevarle un vaso de leche caliente al señor.

—¿Le llevó un vaso de leche? ¿A qué hora fue eso?

—A eso de la una y media de la mañana.

—¿Se encontraba bien?

—Muy bien. Estaba hablando por teléfono con alguien y no quise interrumpir. Le dejé la leche y unas galletas y me fui a dormir.

—¿No sabe usted con quién hablaba a esas horas?

—No. Lo siento.

Marín tenía la sospecha de que aquella señora sabía mucho más de lo que decía. Quizá era que el nerviosismo del principio se desvaneció en un suspiro y se comportaba de una manera fría, pausada, demasiado tranquila. Algo le chirriaba. Lo comentaría con el jefe.

En la sala contigua, Jimena interrogaba a Julio, el marido de Irene. El hombre respondía sin titubeos, de forma pausada. No daba la sensación de ocultar nada. De los anónimos, dijo haberlos visto y reconoció ser él quien muchas veces le dejaba la prensa encima de la mesa de la biblioteca al señor Aguirre. Pero no sabía quién los mandaba.

—¿Cómo fue el proceso de entrar a trabajar en casa de don Miguel Aguirre? —le preguntó Jimena.

—Pues no recuerdo bien. Queríamos vivir en Madrid y fue Irene quien supo de este trabajo, me convenció y aquí estamos.

—¿Cómo que lo convenció? ¿Usted no quería?

—No es eso. Es que yo estaba muy bien en mi trabajo, en mi ciudad, pero ella se empeñó en venir aquí. En fin, ya sabe, cosas de mujeres.

Jimena prefirió no replicar el comentario.

—¿Qué puede contarme de la noche del 24?

—No mucho. Mi mujer sirvió la cena, después cenamos nosotros mientras los Aguirre se intercambiaban los regalos y nos fuimos a la cama temprano.

—¿Los dos?

—No. Yo me acosté antes. Irene se quedó a recoger lo poco que quedaba en la cocina y le llevó un vaso de leche al señor.

—¿Y todo estaba correcto?

—Sí. Irene me dijo que no lo había querido molestar. Le dejó la bandeja encima de la mesa y cerró la puerta.

—¿Y ya no salió de la habitación hasta el día siguiente?

—Que yo sepa, no. No me dijo nada. Yo es que cuando me acuesto a dormir, duermo profundamente.

Aquel tipo no disponía de más información que le pudiese ser útil a Jimena. No veía qué interés podrían tener él y su mujer en la muerte del señor Aguirre. No heredaban nada. No conseguían nada, al contrario, su trabajo se quedaba en el aire.

La inspectora se sentía agotada. Era tarde y deseaba descansar su mente de tanta pregunta y tanto sospechoso. Así que mandó un mensaje a su amiga Teresa:

«¿sushi?»

Y Teresa respondió:

«yes»

Terminados todos los interrogatorios, Marín acompañó al matrimonio de Irene y Julio a la salida mientras Jimena ordenaba la mesa de su despacho, se ponía su abrigo y apagaba las luces. Desde la puerta se despidió de Monsalve.

—Hasta mañana Andrés. Voy a ver si me distraigo un rato.

—Hasta mañana Jimena. Descansa.

Al salir, en la misma puerta se encontró con su amiga Teresa, que andaba cerca de la comisaría y optó por ir a buscar.

—¿Qué hacía aquí la madre de Elena? —le preguntó extrañada.

—¿La madre de Elena? ¿Qué dices? —respondió Jimena asombrada.

—Ay, hija, ¿qué te pasa? La madre de mi amiga Elena, de la que te hablé. Estudia conmigo en Oxford —siguió explicando con tono burlón.

—Espera. No te muevas. Enseguida vuelvo.

Y la dejó en el vestíbulo de entrada mientras salía corriendo, llamando a Monsalve.

—¡Andrés! ¡Andrés! Tienes que oír esto, corre, ¡ven!

Monsalve se levantó de su sillón tan rápido como pudo, sobresaltado al oír las voces de la inspectora.

—¿Qué ocurre?

—Mi amiga Teresa. Tienes que hablar con ella —decía, de forma atropellada.

—O te calmas o no te entiendo —le pidió Monsalve.

Jimena respiró profundo un par de veces y volvió a explicar a Monsalve que su amiga Teresa se había cruzado con la que aseguraba que era la madre de Elena. Esta vez fue el detective el que se movía y se expresaba más nervioso de lo habitual.

—Dile que pase. Que pase a la sala de reuniones.

—¿Estás seguro? Ahí están...

—¡Que pase!

Jimena salió en busca de la atolondrada Teresa, que no entendía por qué se había montado tanto revuelo. Jimena la acompañó a la sala en la que se encontraba ya un impaciente inspector Monsalve.

—Buenas tardes, señorita —la saludó extendiendo su mano a la vez que hacía una inclinación—. Dígame, ¿quién dice usted que es la madre de su amiga Elena? —preguntó, mientras mostraba las fotografías que empapelaban la pizarra.

Teresa recorrió con la vista todo lo allí expuesto y al llegar a la fotografía de Irene la señaló.

—Esta señora. Es la madre de Elena —confirmó sin dejar lugar a dudas—. Y esta —volvió a señalar— es Elena.

Andrés Monsalve se sujetó con las dos manos a los brazos de una de las sillas y lentamente, como si no creyera lo que viera, se dejó caer en el asiento con la mirada fija en ambas fotografías.

—¿Dónde la has conocido? —le preguntó Jimena.

—En Oxford. Hace cosa de un mes. Fue a visitar a Elena y nos la presentó.

—¿Iba este señor con ella? —le preguntó señalando la foto de Julio.

—No. Ella sola. A este señor no lo conozco.

—¡No sabes lo que nos has ayudado! —le dijo.

Y volviéndose hacia Monsalve le preguntó:

—Andrés, ¿qué hacemos?

—Vámonos, es tarde y hemos tenido un día muy intenso. Salid y divertíos, pero tened cuidado; no quiero que Elena os vea juntas.

Luego se acercó a Teresa y le rogó:

—Por favor, ni una palabra de esto a nadie. Cuento con su discreción.

—¡Por supuesto! No se preocupe, inspector.

Capítulo XIX

Avances

Después de lo que Jimena y Monsalve habían averiguado gracias a las declaraciones de Teresa, la amiga de la inspectora, el inspector prefería actuar con cautela para no levantar sospechas sobre la marcha de la investigación.

Monsalve tenía claro que el caso de Miguel Aguirre y el de su chófer estaban relacionados. La otra víctima, Melchor Arenas, pensaba, es cosa de los rusos. Y ahí no podían entrar. Cuando aclararan lo que tenían entre manos, él mismo llamaría a su amigo en el Ministerio del Interior para informarle. Su experiencia le decía que, en esos supuestos, existían operaciones en marcha llevadas a cabo por agentes especializados.

Faltaban dos días para Reyes. Seguro que Junior había solicitado el certificado de últimas voluntades en el Registro Central. Además, estaría al corriente de la declaración de su cuñada Cristina y de la muerte de Joaquín Barroso.

Antes de citar de nuevo a Irene y a Elena, ambas sorprendidas mintiendo de manera flagrante, pondrían en común lo trabajado en los últimos dos días. Después le tocaría el turno a Junior y a la copia autorizada del testamento. Y a partir del contenido del mismo, Monsalve trazaría las pautas a seguir para desenmascarar a madre e hija y descubrir su participación en el crimen.

Reunidos a primera hora de la mañana, se encontraban todos sentados y dispuestos en forma de U para verse las caras unos a otros. Presidiendo la reunión, la pizarra que mostraba en su centro la fotografía de Miguel Aguirre. Los agentes sostenían en sus manos los dosieres del caso acompañados de unas tazas de café con leche servido en vasos de cartón.

Monsalve tomó la palabra.

—Señores, es hora de devanarse los sesos —dijo, mientras se frotaba la sien con el capuchón de su bolígrafo—. Debemos sacar ya conclusiones.

Jimena fue la siguiente en sugerir que sería mejor comenzar por descartar sospechosos hasta quedarse con los que no podían ser rechazados por alguna razón.

Al resto de los agentes les pareció una buena propuesta y, con la vista puesta en Monsalve, esperaron a que este aceptara. Con un movimiento de cabeza, el inspector aceptó comenzar por eliminar algunos nombres de la pizarra.

—Yo eliminaría a Jennifer —sugirió Dolores—. Ya vimos con la doctora Martínez que no da el perfil. No parece estar muy integrada en la familia.

—Yo estoy con Dolores —se pronunció Jimena—. Móvil en sí no creo que tenga. Depende de su marido y tiene fe ciega en él...

—¿Los demás lo ven igual? —preguntó Monsalve?

—Sí.

—Sí.

Se fueron oyendo síes hasta completar todas las intervenciones.

—Pues no se hable más —añadió—. ¡Marín! Retire la fotografía de Jennifer de la pizarra y borre lo referente a su persona.

Después de Jennifer le llegó el turno a Marisa. En este caso hubo más discrepancias a la hora de decidir si mantenerla en la pizarra o eliminarla como sospechosa. Marisa era una persona resentida. Resentida con su padre, con sus hermanos y, en general, con la vida. Necesitaba dinero para huir lejos y había reconocido que su padre no la había ayudado en ninguna de las ocasiones que se lo requirió. El móvil estaba claro, pero, ¿era capaz? Y, por otra parte, ¿tenía acceso a la droga?

López consideraba que acceso a la droga podía tener cualquiera de los implicados. La cocaína hoy en día se puede conseguir sin mucha dificultad. Pero no la veía capaz. Demasiado frágil...

Después de oír las voces a favor de eliminarla como sospechosa y las que defendían que la chica era capaz de matar por huir de la vida que llevaba, intervino Monsalve.

—Agentes, se nos está pasando por alto un detalle.

—¿Qué detalle, jefe? —preguntó Marín.

—Averiguar si los dos asesinatos están relacionados o, por el contrario, son independientes. Ya señalamos que es un hecho que están relacionados.

—Eso es verdad, jefe —se apresuró a decir Marín—. Aquí no existen las casualidades y sería mucha casualidad tener dos crímenes sin nada que ver.

—¡Exacto! —sentenció Monsalve—. Quien mató a Miguel Aguirre mató también a Joaquín Barroso.

Andrés Monsalve expuso, con la claridad que lo caracterizaba, que estaba seguro de que a Miguel Aguirre lo mataron para evitar que firmara los documentos de cesión de las empresas en favor de Elena. Por tanto, había que centrarse en las personas que se beneficiaban con la desaparición de los documentos, a saber, Junior, Marisa y Beltrán, además de sus respectivos cónyuges.

De la misma manera, estaba convencido de que a Joaquín Barroso lo mataron para conseguir los documentos de la cesión que, según declaraciones de Cristina, guardaba en lugar seguro.

No podían prescindir de ninguno de los hermanos.

En este caso, Cristina es la que tuvo el móvil y la oportunidad. Se vio con él en el hotel de carretera y no tenemos pruebas de que hubiera alguien más allí.

—Sí, inspector —asintió la doctora, levantando la mano—. Pero todos vimos su interrogatorio, la estuve observando mientras hablaba; sus gestos, su mirada, el tono de su voz. Yo no lo creo.

—Quizá ella no, pero sí alguien muy relacionado con ella y que sabía que estaría allí a esa hora —sugirió Monsalve.

—¡No puede ser otro que Junior! —exclamó Jimena alzando la voz.

—Lo que está claro es que estos dos artistas se quedan donde están hasta que vayamos atando todos los cabos. ¿Todos de acuerdo? —terminó diciendo el detective Monsalve.

—¡Sí!

Monsalve decidió llamar de nuevo a Junior y averiguar el contenido del testamento. De esta manera irían sobre seguro con Elena y con su madre, Irene.

A su vez debían hacer todo lo posible por encontrar los documentos.

—¡Marín! —llamó Monsalve.

—¿Sí, jefe?

—Vaya a casa de Joaquín Barroso y convenga a su esposa para echar un vistazo en sus cosas, a ver si aparecen los documentos. Llévese a Dolores y déjela a ella hablar con la mujer de la víctima.

Capítulo XX

El testamento

Hubo que esperar al 5 de enero para poder acceder, por fin, al contenido del último testamento de Miguel Aguirre.

Monsalve estuvo hablando con el mayor de los hijos, el encargado de realizar todas las gestiones relativas al fallecimiento de su padre. Se había ocupado de sus exequias, los pagos derivados de ello y, ahora, comenzaba lo más duro, pero también lo más esperado: proceder a la aceptación de la herencia y al reparto de los bienes. En un principio, se negó a comparecer en comisaría, pero después de una insinuación de detención por parte del detective, Junior accedió a pasar por allí y llevar consigo la última voluntad de su padre.

Hasta el momento, todos habían asumido que el documento existente les concedería todos los bienes y derechos a los tres hermanos por partes iguales, pero Junior no pudo salir de su asombro cuando accedió al contenido. Primero, porque el certificado de últimas voluntades lo dirigía a un testamento reciente, del mismo mes de diciembre y, segundo, porque después de pedir varios favores para agilizar el trámite se encontró con un testamento entre sus manos que nada tenía que ver con lo esperado.

Al entrar en comisaría, Monsalve salió a saludarlo, y, sin perder tiempo, lo hizo pasar a su despacho.

—¿Cómo es esto inspector? ¿Hoy no me interroga?

—He pensado que estaríamos más cómodos en mi despacho. Tanto usted como yo deseamos lo mismo, detener al culpable de la muerte de su padre y que se cumpla su voluntad. ¿No es cierto?

—Eso pensaba yo inspector, pero después de leer esto —dijo mientras le extendía la copia del testamento de su padre— ya no sé qué pensar. Lo mismo mi padre no andaba bien de la cabeza.

—La tenía perfectamente, ya se lo digo yo.

—¿Y usted por qué se atreve a decir eso? ¿Es médico acaso?

—Lo digo porque hace unos días, es decir, unos días antes de su muerte, me llamó, estuve en su casa y estaba asustado.

—¿Cómo?

—Sí. Asustado. Los anónimos que estaba recibiendo lo tenían nervioso. Temía por su vida.

—Inspector, le juro por mis hijos que nosotros no sabemos nada de esos anónimos. No nos dijo nada...

—Pero existen —dijo, mientras extendía uno de los que guardaba en el cajón de su mesa—. Léalo.

Junior agarró con las dos manos el papel decorado con recortes de periódico y leyó lo que las letras recortadas decían: «Se acerca tu final».

Monsalve extendió sobre su mesa el resto de los anónimos: «Haz lo que debes», «Tu tiempo esta contado»...

A los ojos del inspector, la expresión de Junior no podía disimularse. En realidad, aquel cabeza hueca, según palabras de su padre, no tenía ni idea de dónde habían salido los anónimos.

Con esa reacción, el inspector intuía con una convicción cada vez mayor quiénes habían sido los artífices de todo aquello y empezaba a sospechar por qué.

Dejando de lado el tema de los anónimos, Monsalve se colocó sus gafas de cerca y comenzó a leer el testamento del que fuera amigo de su infancia, Miguel Aguirre Donaire.

«Ante mí, don Fulgencio Espinosa Buenavida, notario del ilustre colegio de Madrid...

Comparece don Miguel Aguirre Donaire, vecino de Madrid en calle.....tiene a mi juicio capacidad legal suficiente para otorgar el presente testamento abierto.....».

A Monsalve le pudo la curiosidad y, saltando las fórmulas de rigor, se centró en las disposiciones testamentarias.

«Lego a mis hijos Miguel, Beltrán y Cristina la cantidad de un millón de euros que recibirán en la cuenta bancaria que en su momento designen, legado que será imputado al tercio de legítima y en lo que excediera de ello, al tercio de mejora. Si alguno de ellos impugnare mi decisión, recibirá, en forma de legado en metálico, lo que por su legítima estricta le corresponda.

Lego a mi hija Elena, la cantidad de tres millones de euros a ingresar en la cuenta bancaria que en su momento designe. Los mismos serán imputados en su legítima y lo que de ella exceda, en el tercio de mejora.

Instituyo heredera universal de los bienes, derechos, acciones y metálico que hubiese en el momento de mi fallecimiento a mi hija Elena.....».

Monsalve siguió leyendo por encima el resto del escrito hasta acabar con la rúbrica del notario y la firma de Miguel Aguirre. Apoyó el documento en la mesa de manera ceremoniosa y dijo:

—Esa era su voluntad y así me lo expresó a mí aquel día en su casa.

—Inspector...

—Dígame.

—Que los documentos no aparecen y, según mis abogados, sin documentos de cesión de las empresas este testamento se puede impugnar.

—Eso ya no es cosa nuestra, comprenderá usted. Mi trabajo ahora es encontrar al culpable de las muertes y encontrar los documentos, si es que no han sido destruidos.

Junior se levantó de la silla casi de un salto y exclamó:

—¡Esto no puede quedar así! ¡Haré lo que haga falta! ¡Buscaré a los mejores abogados!

—Está usted en su derecho.

Capítulo XXI

Confesión de Elena

Monsalve mandó llamar a su equipo a la sala de reuniones. Allí los esperaba, orgulloso, triunfante. Y las miradas de sus fieles colaboradores, expectantes. Algo había cambiado en aquellas horas, lo intuían. Y así era, Monsalve estaba a punto de ponerles al corriente del giro de los acontecimientos.

Desde el más importante hasta el más insignificante de los detalles, Monsalve les reveló el contenido del testamento de Miguel Aguirre, así como la conversación mantenida con Junior y lo que deducía de esta.

Las caras de asombro de los presentes fueron poco a poco dando paso a expresiones de relajación. Por fin veían luz después de tantos días a base de cafés y donuts.

—Es el momento de hacer venir a nuestras artistas invitadas —expuso Monsalve con ironía—. A ver qué tienen que decir en cuanto a los anónimos y a ambas muertes.

—Andrés —interpeló Jimena—, ¿en serio crees que Elena ha sido capaz de matar a su padre?

—No quiero influir en vuestro trabajo. Haced lo que debéis hacer. Mi sexto sentido me dicta el desenlace del caso, pero no quiero que nada interfiera. Y, ahora, llamad a Elena, a Julio y a Irene. Por ese orden —les indicó, caminando hacia la puerta—. ¡Ah! —añadió, volviéndose hacia ellos—, y que no coincidan en comisaría.

A media mañana aparecía Elena, con el rostro castigado por el llanto. Sus ojos verdes que, en días atrás reflejaban ternura, lucían inexpresivos, rodeados de ojeras. Su ardiente melena quedaba ocultada por un trenzado que apenas dejaba un cabello fuera.

La chica entró directamente. Se conocía el camino y preguntó por Jimena, que salió de su despacho para acompañarla a una sala de interrogatorios, aunque en ese momento Monsalve la detuvo.

—Jimena, por favor, déjame interrogar a mí a la señorita Elena.

Aquello no le sentó bien a una inspectora que consideraba que ya podía actuar sin el beneplácito de su mentor. Monsalve era consciente de ello y confiaba en su protegida, pero no con Elena; demasiados elementos en común, edad, educación... y Teresa. Monsalve no quería someterla a esa presión.

—Sigue el interrogatorio desde detrás del cristal y estate atenta a mi señal. Cuando te lo indique, entras.

La sugerencia la animó y dio por hecho que se trataba de una estrategia para llevar el interrogatorio. Se colocó tras el cristal, agudizando la vista y el oído.

Elena se sentó frente a un inspector Monsalve que se mantuvo de pie, detrás de la mesa de madera y apoyando sus dos puños sobre ella.

—Y ahora, señorita, ¡vamos a dejarnos de tonterías! —exclamó—. Es hora de revelar la verdad.

Elena comenzó a gemir y las lágrimas acudieron a sus ojos sin filtro.

- Lo siento, inspector. No quería engañar a nadie, de verdad, pero mi madre...
- Empecemos por ahí. Por su madre. Que ya veo que no está muerta...
- No señor, no lo está. Mi madre es Irene, bueno, ese no es su verdadero nombre.
- ¡Agárrate Francisquillo! —exclamó Monsalve—. Lo que faltaba. ¿Y cuál es su nombre?
- Se llama Monique Vartan.
- Pues nada, tú sigue y cuéntame todo sobre Monique. Pero antes, ¿te llamas Elena?
- Sí, señor. Ese es mi nombre.

Elena comenzó a describir con detalle todo lo acontecido desde que su padre la encontró en Marsella. Había contratado a un detective privado para dar con su paradero y el de su madre. Había desembolsado una gran suma de dinero hasta conseguir encontrarlas. Primero estableció contacto con ella. La esperó a la salida del instituto y se presentó sin más, con un simple «soy tu padre y quiero que me des una oportunidad». No se lo podía creer. Pensó que era una broma pesada de alguien que conocía su pasado. En realidad, no sabía qué pensar. Se encontraba aturdida, confusa. Incluso dudó si contárselo a su madre. Después de tanto tiempo... Pero sintió que no podía cargar ella sola con aquel descubrimiento y, además, necesitaba saber la verdad de una vez por todas.

Cuando se lo contó a su madre, esta le hizo prometer que jamás le diría quién era ella. No quería tener ninguna relación con él y ni siquiera darle la oportunidad de explicarse o disculparse. El tiempo lo había dicho todo. Así que se inventó la historia de que era la hermana de su madre, fallecida años atrás. Monique había muerto para siempre.

El comienzo fue difícil. El padre, ausente durante quince años, quería formar de pronto parte de su vida y de la de su madre. Lo de la muerte de Monique lo aceptó sin problema, no era a ella a quien buscaba, pero sus desplantes e insultos no hicieron que se retirara de su vida. Lo complicado fue que de ninguna manera pudo evitar que Miguel acudiese a la puerta del centro escolar cada día, a la entrada y a la salida. Fue entonces cuando, en connivencia con su madre, urdieron el plan de conseguir dinero para sus estudios y sus gastos. En principio todo fue bien. Miguel aparecía ocasionalmente en Marsella, la invitaba a comer o a cenar, y le dejaba dinero. La colmaba de regalos o la llevaba de compras por la ciudad.

Lo que no habían previsto, ni la madre ni la hija, era que Elena fuera poco a poco conociendo a su padre y dejándolo entrar en su vida, hasta que años más tarde conseguiría instalarse en ella para siempre.

La relación entre padre e hija se iba estrechando a la vez que se iba deteriorando la de Elena con su madre. A Monique le preocupaba que su hija resultase engañada, abandonada y sola como en su día pasó con ella. Y Elena no estaba dispuesta a dejar escapar el mundo que se abría ante sus ojos y las oportunidades que el estar al lado de su padre le ofrecía.

Cuando Elena se mudó a Oxford para terminar sus estudios, Monique decidió controlar la situación y no dejar escapar la oportunidad de que Elena obtuviera lo que legalmente le pertenecía. Convenció a su pareja, Julio, de que en España vivirían mejor y con mayor desahogo económico y trató por todos los medios de conseguir trabajo cerca del que fuera su príncipe azul algunos años atrás.

Al saberlo Elena entró en pánico. Rogó a su madre que se apartara de allí, que dejara la casa y

no se metiera en la relación con su padre. Pero fue inútil. Tan solo consiguió la promesa de no desvelar su identidad y no interferir en la relación con Miguel Aguirre.

—¿Y cómo se explica que su padre no reconociera a Monique? —preguntó con interés Monsalve.

—Eso me he preguntado yo muchas veces, pero no lo sé. Es verdad que mi madre ha cambiado mucho. Tengo fotos de pequeña con ella que nada tienen que ver con su aspecto actual.

—Entiendo. Y al venir usted a la casa está Navidad...

—Yo no quería —lo interrumpió llorando—. Mi padre me rogó. Me contó que me quería con él y con el resto de la familia.

—¿Le dijo en algún momento lo que pensaba hacer con sus empresas?

—Sí. En varias ocasiones me contaba las meteduras de pata de Junior, las deudas de juego de Juan... En realidad, estaba al tanto de muchas cosas de la familia.

Monsalve, antes de seguir, hizo un gesto a Jimena para que entrase y se incorporase a la conversación. Ambas chicas se saludaron sin apartar la mirada la una de la otra.

—Solo tengo una pregunta —dijo Jimena mirando directamente a los ojos a Elena—. ¿Mataste tú a tu padre?

Elena se dejó caer en la mesa. Ocultaba su rostro entre sus brazos mientras lloraba de manera inconsolable y repetía sin cesar: No. No. No. Jamás le haría daño a mi padre. Lo quería.

Jimena acarició su brazo hasta conseguir llegar a una de sus manos y ponerla entre las suyas.

—Mírame —le pidió—. Mírame.

Elena levantó con lentitud su cabeza y fijó sus ojos en los de Jimena.

—Te creo —le dijo la inspectora con dulzura—. Te creo. Pero ahora debes ayudarnos.

Elena se secó los ojos y asintió con la cabeza.

La investigación estaba llegando a su fin.

Capítulo XXI

El papel de Julio

Después de la escena vivida con Elena, Monsalve y Jimena decidieron comer algo cerca de la comisaría. Durante el almuerzo cambiarían impresiones y organizarían la visita de Julio e Irene, llamados de nuevo para aclarar los detalles que aún quedaban por desvelar.

El resto de los compañeros, incluidos los de la comisaría de Chamartín, debían recopilar los informes del laboratorio forense, incluido el último pendiente, el de las huellas dactilares del abrecartas que dio muerte a Joaquín Barroso, el chófer de Aguirre.

Después de las declaraciones pendientes, sería el momento de exponer los detalles del caso y practicar las detenciones.

Mientras almorzaban, sonó el teléfono de Andrés Monsalve.

—¡Me cago en to! —maldijo Monsalve al oírlo. Perdona, Jimena, es que llevo días que ni comer puedo.

Era Marín.

—¡Jefe! De los documentos... ni rastro. No aparecen y la mujer no sabe nada.

—Está bien. Volved a la comisaría y seguid buscando. Preguntad a Junior de nuevo, a los abogados por si saben algo ...

—Ya estoy en ello.

Los dos inspectores terminaron de comer y, mientras le servían un café, Jimena dudaba si preguntar a su jefe.

—¿Qué pasa Jimena? ¿Qué te preocupa?

—Tú sabes ya cómo ha sido, ¿verdad?

—Jajajja —rió Monsalve con expansión—. Tengo una ligera sospecha. Vamos, ahora nos toca ver si se confirma.

Cuando regresaron a la comisaría, Dolores se encontraba en una sala interrogando a Julio. El señor parecía tranquilo. Respondía sin pararse demasiado a pensar las respuestas y hasta el momento no había aportado ningún dato de interés.

Una vez que Dolores percibió que su interlocutor se relajaba, comenzó a preguntar lo que de verdad consideraba importante.

—¿Desde cuándo está casado con Irene?

—No estamos casados, pero estamos juntos desde hace diez o doce años.

—Más o menos desde que se vinieron a vivir a Madrid, ¿no?

—Año arriba, año abajo. Eso ya me lo preguntaron la otra vez, ¿no? —respondió con desgana.

—¿Dónde vivían ustedes antes de Madrid?

—En Marsella.

—¿Solos?

—Sí, señora. Solos. Estuvo viviendo con nosotros unos años su sobrina. Pero me imagino que ya lo sabe.

—¿Su sobrina? No, no lo sé. Dígamelo usted.

—Se está quedando conmigo, ¿no? —dijo Julio con una media sonrisa en la boca.

—No, señor.

—Está bien. Elena, Elena Aguirre es la sobrina de Irene, hija de su hermana Monique.

—¿Está usted seguro de eso?

—¡Pues claro! Cuando yo la conocí, la madre de Elena ya había fallecido. Luego me contó que la niña era hija de un multimillonario español y que era su deber estar cerca de ella para cuidarla. Eso me dijo, al menos hasta que pudiera valerse por sí misma.

—Y por eso vinieron a trabajar a casa del señor Miguel Aguirre...

—Yo no quería líos, mire usted. Pero cuando una mujer se empeña...

—¿Qué diría usted si le dijera que Irene y Monique son la misma persona?

—¡No! ¡No puede ser! Usted se está riendo de mí —gritaba, nervioso.

—Míreme a la cara —le pidió—. No tiene gracia. No es una broma. Su mujer, con la que ha estado viviendo todo este tiempo, se llama Monique y Elena es su hija.

Al oír eso, Julio se desplomó, golpeándose la cabeza contra el suelo frío de la sala de interrogatorios. Cuando recobró el conocimiento, se encontraba tendido en un sofá de la sala de espera de la comisaría velado por dos agentes que le ayudaron a incorporarse y le ofrecieron una botella de agua. Uno de ellos avisó a Dolores de que el anonadado señor ya se encontraba consciente.

—Julio, ¿se encuentra usted mejor? —se interesó Dolores.

—Hundido, es lo que estoy. Hundido.

—Lo entiendo. Ahora escúcheme bien. Necesito que me ayude y todo saldrá bien.

Julio asintió con la cabeza, sin apartar la mirada del suelo.

Capítulo XXII

Confesión de Irene

La investigación estaba a punto de culminar. En la comisaría, el equipo del inspector Monsalve esperaba encajar todas las piezas con la nueva y definitiva declaración de Irene.

Estaba citada a primera hora de la tarde. Los agentes habían pedido la colaboración de Elena y Julio para evitar que supiera que había sido desenmascarada. Si todo iba según lo previsto, Irene no tendría otra salida que confesar la verdad.

Mientras esperaban, Marín imprimía el informe de las huellas dactilares del arma del crimen de Joaquín Barroso.

—¡Jefe! —dijo dando unos toques en la puerta del despacho del inspector—, el informe del laboratorio...

—Pasa, Marín. ¿Alguna coincidencia?

—Lo siento, jefe. Ninguna. Las huellas han sido borradas.

—Me lo temía. Lo íbamos a tener muy fácil...

—Este asesino es muy listo, jefe.

—Sí. Sí que lo es. Pero no ha contado con nuestra experiencia y nuestra paciencia.

—Eso es verdad, jefe.

—Avísame cuando llegue Irene.

A las cuatro en punto entraba Irene a la comisaría para prestar declaración. Pensaba que debía responder a unas preguntas sin importancia, como en la ocasión anterior. El agente López, siguiendo las instrucciones del inspector Monsalve, le había adelantado que estaban seguros de tener a los asesinos de Miguel Aguirre y su chófer.

Ataviada con un abrigo a media pierna y un bolso a juego, caminaba con paso firme hacia la sala de interrogatorios donde pensaba que la esperaba el agente López.

Al entrar, quedó algo sorprendida al encontrarse cara a cara con el detective Andrés Monsalve.

—Buenas tardes —la saludó el inspector—. Siéntese por favor.

—Buenas tardes —le respondió de mala gana mientras tomaba asiento.

Monsalve se sentó frente a ella dispuesto a llevarla hasta el extremo, con paciencia, con cautela, pero con firmeza.

—Me han dicho que han cogido ya a los asesinos...

—Prácticamente, sí.

—Ya sabía yo que esos dos acabarían haciendo lo que fuera por coger dinero.

—¿A quiénes se refiere?

—A Junior y Cristina, por supuesto.

—¡Claro! —se apresuró a responder—. ¿A quiénes si no? Y ahora necesitamos su ayuda para aclarar algunos puntos —dijo, dirigiendo la conversación hacia donde quería.

—Dígame, ¿en qué puedo ayudarle?

—No entiendo cómo pusieron los anónimos en la biblioteca sin ser vistos. El señor Aguirre recibió unos seis anónimos, si no me falla la memoria, y ¿ninguna de las veces vio usted a nadie?

—No. No señor. Yo no vi nada.

—Pero, sin embargo, sí que nos vio llegar a mi compañera y a mí el otro día. Recuerdo que nos abrió el portón de acceso sin necesidad de llamar al timbre.

—Pues, no sé. A ustedes los vi... ¿Qué importancia tiene eso?

—Y luego nos abrió la puerta de la casa también sin necesidad de llamar. Se diría que nos esperaba.

—Los vería por el circuito cerrado.

—Eso digo. Usted hace muy bien su trabajo, qué duda cabe. A nosotros nos vio, lo que es normal, y a los que pusieron los anónimos día tras día no. ¿No le parece extraño?

Irene, que había iniciado la conversación segura de sí misma y relajada, comenzó a moverse en su silla tratando de acomodarse y de no perder el control. Pero Monsalve no estaba dispuesto a dejarla escapar.

—Eso me tiene intranquilo —continuó—. Y hay otro detalle más.

—Hable inspector. En lo que yo pueda ayudar...

—El vaso de leche. El vaso de leche y las galletas que usted llevó a don Miguel la noche del 24.

—Sí. Ya se lo dije. No veo qué importancia puede tener eso.

—Pues que usted declaró llevarle la bandeja y dejarla allí porque no quería molestarlo. Sin embargo, al día siguiente la bandeja no estaba donde usted la dejó la noche anterior.

—Pues me la llevaría por la mañana...

—Me temo que no podemos aceptar eso. Una persona que entra para hacer su trabajo y se encuentra con un cadáver no se entretiene en retirar la bandeja, ni limpiar nada. Además, todos han declarado que lo primero que dijo Junior fue que no tocarse nada hasta que llegase la policía.

—¿Qué está usted insinuando?

—Pues que no cabe otra conclusión que usted volviera de nuevo a la biblioteca a recoger la bandeja y...

Irene se iba poniendo tensa por momentos, aunque trataba de mantenerse fuerte, el inspector la tenía justo donde quería. Detrás del cristal, en la sala contigua, el resto del equipo asistía en silencio y con asombro al desarrollo de la entrevista que le entregaría al responsable de ambas muertes.

—Es hora de quitarse la máscara, Monique —le dijo el inspector—. Es hora de contar la verdad.

Monique se derrumbó al oír su nombre de los labios del inspector y decidió que no valía la pena seguir con la falsa.

—Fui yo la que puse los anónimos en la biblioteca. Y, cómo ya sabrá a estas alturas, Elena es mi hija, mía y del gran Miguel Aguirre, el millonario, el poderoso...

Monique admitió que había buscado venganza desde el día en que se sintió abandonada, sola y desesperada, el día en que al comunicarle a su amante que esperaba un hijo fruto de sus encuentros amorosos, él se disculpaba alegando que tenía mujer e hijos. El tiempo fue curando sus heridas hasta que Elena llegó un día a casa diciendo que un señor llamado Miguel la había ido a buscar al instituto y se había presentado como su padre. Fue en ese preciso instante en el que decidió dar muerte a Monique y adoptar la identidad de Irene. Reconoció que su sed de venganza la hizo volverse más astuta, hasta el punto de idear un plan para que su hija Elena fuera la heredera de su padre, por encima de sus hijos y, para ello, decidió hacer lo que hubiera que hacer para conseguirlo.

Sin esperarlo, apareció en su vida Julio, al que no dijo ni una palabra de nada y así se lo hizo prometer a Elena también. En contra de la voluntad de su hija, decidió buscar trabajo en casa del que fue su amor de juventud. Se cambió el color de pelo, compró unas lentillas y el resto ya lo habían conseguido los años.

En los últimos días, había escuchado conversaciones del señor Aguirre con su chófer, con sus abogados... todas dirigidas a poner las empresas a nombre de Elena. Todo iba bien hasta la noche del 24. Cuando entró con la bandeja, Aguirre se encontraba hablando por teléfono con su abogado. No pudo evitar escuchar detrás de la puerta lo que decía. Los documentos de traspaso estaban firmados y en manos de su chófer, listos para entregarlos tan pronto pasará el día 25, pero... Miguel dudaba si seguir adelante con su decisión. Aquella noche, aunque fuera por unas horas, le había devuelto la esperanza de conseguir una familia unida, cada uno con sus defectos, pero unida, y en la que su hija Elena podía ocupar un lugar entre sus hermanos.

Lo que oyó Monique desde detrás de esa puerta, la impulsó a actuar. Volvió a su habitación y esperó a que todo el mundo estuviera en la suya y la casa quedase en el más absoluto silencio.

—Estoy cansada, inspector —reconoció, interrumpiendo su relato—. ¿Podemos descansar y tomar un vaso de agua?

—Por supuesto. Nos tomaremos unos minutos de respiro. Enseguida hago que le traigan una botella de agua.

Monsalve salió de la sala y se aproximó a Jimena.

—Haz que venga Junior y Beltrán. Decídeles que me gustaría que presenciasen la detención del asesino de su padre. Cuando lleguen, dejadlos entrar y estar aquí con vosotros. Quiero que oigan lo que Monique tiene que decir —le susurró al oído.

Capítulo XXIII

Resolución del caso

Jimena actuó tal y como le había indicado Andrés Monsalve. No tuvo ningún problema a la hora de conseguir que Junior acudiese a presenciar el interrogatorio de Irene. Convencer a Beltrán fue más costoso. Se mostró reticente. Puso varias excusas. No quería dejar sola a Cristina que, después de la detención, se encontraba muy alterada.

Después de unos veinte minutos, Monsalve entraba de nuevo en la sala de interrogatorios donde lo esperaba una exhausta mujer a la que la vida estaba a punto de cambiarle para siempre. Junior y Beltrán se encontraban ya detrás del cristal junto con el resto de los agentes y la inspectora Jimena.

—Continuemos por donde lo hemos dejado —le pidió Monsalve—. ¿Qué me estaba diciendo?

—Le iba diciendo que esperé a que todo estuviera tranquilo, en silencio. Julio estaba profundamente dormido y no me vio salir de la habitación. Descalza, para evitar hacer ningún ruido, me dirigí a la biblioteca. La luz continuaba encendida. Se veía por debajo de la puerta y abarcaba a una pequeña zona del pasillo. Yo pretendía plantarle cara, decirle quién era, obligarlo a seguir con su idea de dejar las empresas a Elena... Pero al llegar a la puerta, me fijé en que estaba entreabierta. Me asomé y vi... a Beltrán. Junto a su padre. Se encontraba inclinado hacia él y en la mano sostenía... una jeringuilla. Al acercarme a ellos supe lo que había hecho y que Miguel estaba muerto.

Me disponía a gritar cuando Beltrán me tapó la boca con su mano mientras me agarraba fuertemente del brazo. «Sé quién eres», me dijo. «Yo también sé cómo conseguir información». Supuse que lo había aprendido con los años, de su padre. Su familia lo había subestimado... lo habíamos subestimado. A cambio de mi silencio, me ofreció compensar a Elena y me pidió buscar los documentos de la cesión. Tuve que decirle que, según había oído, los documentos estaban en poder de Joaquín Barroso. Quedé a merced de sus manos, si lo ayudaba... en fin, me aseguró que él se encargaría de todo. Yo solo tenía que avisarlo de los movimientos de Cristina. Me amenazó con implicarme en la muerte de su padre... esto es una locura...

—¿Qué fue a hacer allí? Tenía intención de matarlo y Beltrán se le adelantó, ¿no?

—¡Nooo! —gritó desesperada—. Quería desvelarle quién era yo y exponerle mis pretensiones. Solo eso. Pensé que lo haría entrar en razón y seguir con sus planes de nombrar heredera a Elena.

En la sala contigua, Beltrán, al oír a Irene, apartó al resto del cristal que daba a la sala de interrogatorios y gritó desesperado mientras aporreaba con todas sus fuerzas el cristal.

—¡Calla! ¡Deja de hablar! ¡Teníamos un trato!

Junior se quedó en shock por un momento para luego abalanzarse sobre su hermano. Cogiéndolo por los hombros, lo zarandeó con movimientos bruscos que movieron la cabeza de Beltrán de atrás a delante como si de un muñeco de trapo se tratara.

—¿Qué has hecho insensato? —lo interpelaba Junior a voz en grito—. ¿Cómo has podido?

—¡¿De verdad te extraña, hermano?! —respondió mientras se soltaba—. Toda mi vida ninguneado, siendo un don nadie. A la sombra de nuestro padre, tuya, de mi mujer... de todo el

mundo —continuó.

Los agentes se disponían a intervenir cuando apareció Monsalve y les hizo una señal con la mano para que se detuvieran.

—Ha llegado el momento de confesarlo todo —indicó el inspector mirando a Beltrán—. López, sigue con el interrogatorio de Irene, o Monique, como quiera que se llame.

López salió enseguida y se instaló en la sala contigua frente a una ya derrotada Monique Vartan. Beltrán buscó con la mirada un lugar donde apoyarse. Se veía hundido, devastado. Se apoyó sobre el mismo cristal que antes había golpeado y, mirando a un punto fijo de la pared, comenzó a soltar todo lo que había guardado durante años.

—Nunca he pretendido grandes cosas en mi vida. Una familia que me quisiera, un trabajo digno, en definitiva, un poco de reconocimiento. Pero, no. Siempre he sido el mal hijo, el hermano tonto, el marido manipulado y, sí, me daba cuenta, sufría. Sabía las intenciones de mi padre, conocía la existencia de Elena, y era consciente de los devaneos de mi mujer. Lo estuve pensando durante mucho tiempo hasta que decidí enfrentarme a mis miedos, a aquello que me hacía infeliz y comencé por mi padre. Aquella noche oí a Junior salir de la biblioteca, esperé a que subiera a su habitación y fui a hablar con el todopoderoso Miguel Aguirre. Con papá. Al acercarme, escuché los pasos de Irene acercándose a la biblioteca y me oculté en el despacho, con la puerta abierta, hasta que saliera. No tardó mucho. Una vez todo calmado, entré. Le extrañó verme. No estaba acostumbrado a que apareciese solo, sin mi mujer, y me preguntó qué quería. Me arrodillé ante él como un niño y puse mi cabeza sobre su regazo. Él no se lo esperaba y me apartó fríamente de su lado. Le rogué que me escuchara, que necesitaba su apoyo, su cariño. No quería su dinero. ¡Solo lo quería a él! Por un momento pensé que se había conmovido, pero me equivoqué. Me pidió que lo dejara, que no iba a conseguir que cambiara de opinión. Por mucho que intenté explicarme, no hubo manera. Para él yo era un despojo, un inútil manejado por su mujer. Salí decidido a acabar con todo esa misma noche. Ya no había vuelta atrás.

Fui al garaje. Sabía que Junior guardaba siempre unos gramos de cocaína bajo la alfombra del maletero de su coche y los cogí.

—¿Cómo sabías tú eso? —lo interpelló Junior—. Déjame al margen. Yo no he tenido nada que ver en esto.

—Ya te he dicho, hermano, que yo sabía y sé muchas cosas.

—Déjenlo terminar —ordenó Monsalve.

—Lo demás ya lo saben —siguió Beltrán—. Volví a la biblioteca y encontré a mi padre dormido en el sillón con el libro entre las manos. Sin pensarlo, le inyecté la dosis en su brazo adormecido. No le dio tiempo a reaccionar. Su adormecimiento pasó en pocos segundos a un sueño profundo... Nunca he sido una persona afortunada y esa noche no iba a ser distinta. Tuve la mala suerte de que Irene entrase justo en ese momento y ya la han oído... Pero se ha olvidado de la última parte...

Los allí presentes no se atrevieron a decir nada. Estaban asistiendo a la confesión de Beltrán como meras estatuas de sal. Un silencio doloroso se apoderó de la sala. En la sala de interrogatorios contigua, López escuchaba a Monique terminar su versión de los hechos.

—Estaba asustada —confesó—. Había descubierto a un Beltrán capaz de todo. Me vi obligada a hacer lo que me pedía.

—¿Qué fue exactamente lo que hizo? —quiso saber López.

—Yo solo tenía que vigilar de cerca a su esposa, a Cristina, y avisarlo de todo lo que me enterara: dónde iba, con quién, cuándo...

—¿Con qué propósito?

—En un principio, pensé que quería que lo llevase hasta su amante. Él tenía los documentos y nosotros necesitábamos esos documentos.

—¿Y qué pasó? ¿Por qué dice «en un principio»?

—Porque creo que su verdadera intención era matar al amante de su esposa.

—¿Cómo dice?! —intervino el agente con tono de asombro.

—Es cosa mía, pero... yo había echado de menos el abrecartas del señor. Cuando limpié el despacho, no estaba. Al enterarme de cómo había muerto el chófer, supe que Beltrán no buscaba solo los documentos.

—¿Dónde están, entonces, esos dichosos documentos?

—Los tengo yo —dijo bajando la mirada para evitar la del agente.

—¿Cómo?!

—Que los tengo yo. Ese fue el precio que pagó Beltrán por mi silencio y por mi información.

—¿Es usted consciente de su participación en la muerte del señor Aguirre y el señor Barroso?

—¡Yo no he matado a nadie! —respondió, alterada.

—Quizá directamente no, pero ha ocultado un asesinato y ha cooperado en otro. Si a ello añadimos obstrucción a la justicia, ocultación de pruebas...

—¡Yo no he matado a nadie! —insistía.

—Espere aquí un momento. Enseguida vendrán a leerle sus derechos. Está usted detenida.

Mariano López echó mano de sus esposas y las colocó con delicadeza en las manos de Irene. De una Irene maltrecha pero liberada. Se disponía a salir de la sala cuando la mujer lo llamó.

—¡Agente!

—Dígame.

—Me gustaría que me concediese un favor. Le ruego que me deje ver a mi hija antes de encerrarme.

—Veré qué puedo hacer. No le prometo nada.

Y salió en busca del detective Monsalve para informarle de cómo se había desarrollado el interrogatorio y que había procedido a la detención de la sospechosa.

*

—Continúe, Beltrán —solicitó el inspector.

Beltrán apartó la mirada de la pared y, por primera vez desde que comenzó a hablar, se dirigió a los presentes, pasando su mirada por cada uno de ellos, de forma pausada, hasta centrarse en su hermano.

—Al principio dudé si sería capaz de hacerlo, pero la ira se coló por las rendijas de mi desesperación. Me imaginé la vida que me esperaba, la misma que había tenido desde que abrí los ojos a este mundo. Y decidí que no podría soportarlo más. No quería seguir siendo la marioneta de nadie, el fracasado, el que no puede actuar ni decidir nada solo sin que lo recriminen continuamente, lo corrijan o lo menosprecien.

Una vez con la droga en la mano, no había marcha atrás y, después de liberarme de mi máxima presión, no podía parar. Debía solucionar otro tema, había que poner fin a la aventura de mi mujer.

Sabía que ella buscaba los documentos —añadió mirando fijamente a Junior—. Igual que tú, hermano. ¿No se os ocurrió buscar en el coche de papá? Sí, hermano, en el coche que día a día conducía, donde pasaba buena parte de la jornada —añadió—. Parece que no soy tan tonto como pensáis.

—¿Cómo supo dónde encontrar al señor Barroso? —intervino Monsalve.

—Ya llego a eso, detective —respondió moviendo su mirada hacia Monsalve—. Paciencia.

Si había algo que tenía el detective, era paciencia, pero el resto mostraba indicios de estar perdiéndola.

—¿Has perdido la cabeza?! —gritó Junior tratando de alcanzarlo.

—¡Calma! —pidió Monsalve impidiéndole el paso—. Déjenos esto a nosotros. Si lo desea puede salir...

—¡Estoy bien! ¡Estoy bien! —exclamó a la vez que se retiraba dando un paso hacia atrás—. ¿A qué esperan para detenerlo?

—¡Ya está bien señor Aguirre! —increpó el inspector. Y haciendo señas a Marín, le pidió que sacara a Junior de la sala.

—Vamos a terminar esto como debe ser —sugirió el inspector—. Jimena, lleva al señor Beltrán a la segunda sala de interrogatorios. Que se ponga cómodo porque vamos para rato. Sigue tú con él. Voy a terminar con Irene y enseguida estoy con vosotros.

Jimena condujo a Beltrán hasta la sala, la misma en la que prestó declaración la primera vez. Lo invitó a que se sentara. Ella tomó asiento, a su vez, enfrente de él.

—Puede continuar. Lo escucho —indicó mientras ponía en marcha su grabadora.

Beltrán se mostraba tranquilo. No se apreciaban signos de arrepentimiento. Se acomodó en la silla. Puso sus dos brazos sobre la mesa uniendo sus dos manos y continuó.

—¿Por dónde iba? —preguntó.

—Por cómo supo usted dónde y cuándo encontrar al señor Barroso.

—Ah, sí. Gracias a Irene —respondió—. ¿No lo saben? Fue crucial en todo esto. Me propuso un trato. Ella guardaba silencio sobre lo que había visto y yo le conseguía los documentos de la cesión de las empresas. No me pareció mal trato, la verdad. Pero necesitaba liberarme del todo y ella se ofreció a ayudarme.

—¿En qué consistió su ayuda?

—Me tenía que informar de todo lo que hiciera mi mujer. Se trataba de averiguar cuándo y dónde se vería con Barroso. Ella conseguiría sus documentos y yo... a Barroso.

—Si no he entendido mal, usted tenía intención de matar a Barroso e Irene lo sabía.

—¿Que no lo sabía?! —respondió elevando la voz—. Por supuesto que lo sabía. Fue ella quien me sugirió que cogiera el abrecartas. Fue ella la que planeó cómo hacerlo. Debíamos hacer recaer las sospechas sobre Junior y Cristina. ¡Ese era el plan! Elena conseguiría la herencia, Junior y Cristina irían a la cárcel y yo quedaría liberado de todo para siempre.

Beltrán apartó su mirada de Jimena para posarla de nuevo en un punto imaginario de la pared. Y tras unos segundos de silencio repitió sin parar:

—Teníamos un trato. Teníamos un trato. Teníamos un trato...

Pálido como la pared que miraba, se volvió hacia la inspectora y extendió sus manos, juntándolas por las muñecas. Jimena colocó en ellas las esposas.

—Está usted detenido, acusado del asesinato de don Miguel Aguirre Donaire y don Joaquín Barroso Buenaventura. Tiene derecho a permanecer en silencio. Cualquier cosa que diga podrá ser utilizada en su contra ante un tribunal, tiene derecho a la asistencia de un abogado...

Al mismo tiempo, López puso al corriente a Monsalve antes de entrar en la primera sala de interrogatorios, donde esperaba Irene.

—López, llame a Elena. Infórmela de la situación y dígame que su madre ha pedido verla. Cuando venga, que pase. Le daremos un par de minutos.

—Okey, jefe. Como diga.

Se disponía a entrar a leer sus derechos a Irene, dispuesto a dar por concluido el caso, cuando Jimena lo interrumpió.

—Andrés, debes oír el resto de la confesión de Beltrán. Es importante.

—Vamos a mi despacho —solicitó—. López, acompañe a la señora hasta que llegue su hija. Cuando llegue, déjenla ver a su madre unos minutos. Enseguida voy.

Monsalve y Jimena entraron en el despacho del inspector y cerraron la puerta para evitar interferencias. Sentados uno frente al otro, Jimena acomodó su grabadora en la mesa del inspector y le dio a play. El inspector Monsalve escuchaba mientras se acariciaba la barbilla y movía la cabeza de un lado a otro, en silencio.

Elena entró en la comisaría algo alterada. Parecía que había llegado corriendo e incluso le faltaba el aliento. En cuanto López la vio entrar, salió en su busca.

—Tranquila señorita —la calmó—. Relájese un poco y enseguida la acompaño a ver a su madre.

Elena respiró profundo e intentó que su respiración fuese volviendo a la normalidad.

—Ya estoy, agente. ¿Dónde está mi madre?

—Por aquí —le indicó Mariano López cediéndole el paso.

Elena entró en la sala de interrogatorios y cuando vio a su madre esposada, cayó de rodillas al suelo y comenzó a llorar desconsoladamente. López salió cerrando la puerta tras de sí para dejarles unos minutos de intimidad.

—¡Mamá! ¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Elena sin dejar de llorar.

Su madre se levantó en su busca y con sus dos manos unidas por las esposas, la ayudó a levantarse.

—¡Mírame! —le pidió.

Elena no podía levantar los ojos del suelo. Se los tapaba con un pañuelo para empapar sus lágrimas.

—¡Mírame, Elena! —repitió su madre alzando la voz.

Elena apartó el pañuelo de sus ojos y miró tímidamente a su madre en espera de que siguiera hablando.

—¡Escúchame bien porque no tenemos mucho tiempo!

—Pero mamá...

—¡Escúchame te digo! No hemos llegado hasta aquí para que ahora te vengas abajo. ¿Me oyes?

Elena asintió con la cabeza.

—Así me gusta. Ahora olvida todo esto. Vuelve a Oxford y termina tus estudios y lo más importante: vive tu vida y ocúpate de las empresas de tu padre. Ahora son tuyas y nada ni nadie podrá cambiar eso. ¡Prométemelo!

Elena seguía con sus labios cerrados, apretados como haciendo esfuerzos para no abrirlos.

—¡Prométemelo! —volvió a decir Irene casi gritando.

—Te lo prometo.

En ese instante entraron en la sala los dos inspectores, Monsalve y Jimena, dispuestos a leer sus derechos a la detenida. Mientras el inspector Monsalve leía sus derechos a Monique, descubrió que aquello era su vida. Aún le quedaban unos cuantos años antes de retirarse.

Agradecimientos:

Querido lector,

Si has llegado hasta aquí no puedo más que darte las gracias por haber invertido un poco de tu tiempo en leer esta novela.

Espero que te haya hecho pasar un rato agradable. Por mi parte, he de decirte que vuestras lecturas me motivan y me hacen feliz.

No dudes en dejar tu comentario en Amazon para ayudarme a seguir creciendo como escritora.

Para cualquier duda o sugerencia puedes escribirme a:

cmgalvezextremera@gmail.com

Muchísimas gracias.